

DE CESE A TÁRRACO. EVIDENCIAS Y REFLEXIONES SOBRE LA TARRAGONA IBÉRICA Y EL PROCESO DE ROMANIZACIÓN.

Pedro Otiña y Joaquín Ruiz de Arbulo

Las intervenciones arqueológicas recientes en el casco urbano de Tarragona permiten confirmar en la ciudad la existencia de un *oppidum* ibérico preexistente a los hechos bélicos de la Segunda Guerra Púnica. Este trabajo pretende reflexionar sobre estas evidencias, intentando a partir de las mismas comprender la lógica de las menciones y omisiones de los textos clásicos, evaluando la cuestión numismática y definiendo finalmente el alcance histórico de los datos disponibles. El análisis conjunto permite plantear el origen y evolución de la ciudad republicana de *Cese/Tarraco*, antes de su conversión en la colonia Iulia Urbs Triumphalis Tarraco.

Regio Cessetania, flumen Subi, colonia Tarracon, Scipionum opus sicut Carthago [Nova] poenorum... “la región de Cessetania, el río Subi, la colonia Tarracon, obra de los Escipiones como Carthago [Nova] lo fue de los púnicos...”.

La concisa cita de Plinio (*NH.* III, 21) ha resultado casi definitiva para explicar desde un punto de vista historiográfico los orígenes de la colonia *Tarraco*, capital de la provincia Hispania citerior, por ella también llamada tarraconense. La ciudad, que Plinio curiosamente transcribe en griego *Tarrácon*, habría sido obra de los Escipiones, *Scipionum opus*.

En realidad, para entender el sentido de las palabras de Plinio debemos recurrir a las referencias de Polibio y Livio relativas a los hechos bélicos de la Segunda Guerra Púnica en suelo hispano, entre los años 218 y 206 a.C. Según ambos autores, *Tarraco* sería en realidad, no una fundación urbana sino un cuartel de invierno creado con el primer desembarco de Gneo Escipión en el año 218 a.C., consolidado al año siguiente con la llegada del ejército consular de Publio Escipión y reafirmado como cuartel general, centro de hibernada y principal base estratégica del ejército romano en Hispania a lo largo de 12 años de campañas ininterrumpidas.

Plinio compara *Tarraco* con la *Carthago Nova* púnica, siguiendo un modelo ya empleado por Estrabón (III, 4, 6-7). El paralelismo sitúa con precisión el marco histórico y estratégico de ambas fundaciones pero omite unas importantes diferencias que conocemos de nuevo gracias a Polibio (X, 8 y ss.). Su narración de la toma de *Carthago Nova* por Escipión en el año 209 a.C., describe una auténtica ciudad helenística, con murallas, templos, calles y plazas, una acrópolis palacial, fábricas y almacenes y una intensa vida económica basada en su magnífico puerto y en la explotación intensiva de las cercanas minas de plata. En *Tarraco*, sin embargo, los Escipiones no actuaron como *conditores* o fundadores de una nueva colonia, imposible de imaginar con tal cronología, sino tan solo como *imperatores* instalados en un *castra* permanente, generador a su vez de una vida protourbana motivada por los variados aspectos económicos inherentes a la presencia

militar estable: cuartel de invierno, almacén portuario de suministros, tesoro de guerra, taller de la maquinaria bélica, residencia de rehenes, mercado de botín y esclavos, además del pequeño comercio generado por las tropas al gastar sus soldadas en las necesidades vitales más inmediatas (Ruiz de Arbulo 1992,120).

Ahora bien, como resulta lógico en un contexto geoestratégico de carácter militar, este cuartel general de los Escipiones no pudo surgir de la nada. La arqueología urbana de Tarragona, especialmente intensa en las dos últimas décadas, ha proporcionado suficientes evidencias para definir estratigráfica y cronológicamente una Tarragona ibérica prerromana. En distintas intervenciones en el casco urbano de Tarragona, se han podido documentar niveles de habitación del ibérico pleno con importaciones cerámicas áticas, massaliotas y púnicas suficientes para definir una ocupación estable de la colina y puerto tarraconenses desde el siglo V a.C. (Aquilué y Dupré 1986; Miró 1985; 1993; 1998; Adseries, Burés, Miró, Ramon 1993 a; 1993 b).

Necesariamente deberemos relacionar la presencia de este *oppidum* ibérico y su evolución posterior tras la llegada de Roma, con las demás fuentes históricas disponibles: las detalladas narraciones de Livio y Polibio relativas a los hechos bélicos hispanos durante la Segunda Guerra Púnica, las brevísimas menciones historiográficas y geográficas posteriores y las acuñaciones monetales tarraconenses con leyendas ibéricas. Este es el objetivo de nuestro trabajo.

Los textos de Livio y Polibio y el problema de la ubicación de la batalla y el *oppidum* de *Kissa / Cissis* en el año 218 a.C.

El marco histórico del año 218 a.C. situaba a Cartago y Roma en estado de guerra por segunda vez tras el asedio y conquista de Sagunto. En el verano de ese año, el ejército de Aníbal partía de Hispania y alcanzaba por sorpresa el valle del Po tras cruzar la Galia y los Alpes en una rápida y arriesgada marcha por las tierras interiores. El ejército romano que vigilaba sus movimientos acantonado en *Massalia*, la potencia marítima aliada de Roma, tuvo que dividirse rápidamente en dos cuerpos: uno se dirigiría al Po y el otro sería enviado a Hispania para cortar a Aníbal sus bases de suministro. Este es el relato de los hechos de aquel otoño / invierno del 218 a.C., transmitido por Polibio a mediados del siglo II a.C. y por Livio en época augustea, ambos a partir de otros autores citados de forma ocasional y evidentemente no ajenos a la épica vencedora de la historiografía tardorepublicana. Son textos bien conocidos y citados de forma repetida pero que creemos necesario recordar de nuevo al lector. Veamos primero la traducción del texto de Polibio (III, 76):

“(1) Por este mismo tiempo, Gneo Cornelio (Escipión), a quien su hermano Publio había dejado al frente de la escuadra, como más arriba he dicho, haciéndose a la mar desde las bocas del Ródano con todas las naves, fondeó en Iberia ante la ciudad llamada Emporion y comenzando por aquí realizó una serie de desembarcos, reduciendo por sitio a los habitantes de la costa hasta el río Ebro que rehusaban obedecerle; en cambio a los que le acogían los trataba con humanidad y tomaba todas las precauciones posibles para su seguridad. (2) Después de fortificar las plazas del litoral que se le habían sometido, avanzó con todo su ejército en dirección al interior, pues su ejército había reunido ya gran número de aliados iberos. A su paso, atraía a su causa algunas ciudades y a otras las sometía, (3) y cuando los cartagineses que Aníbal había dejado en aquellos parajes bajo el mando de Hannón, acamparon ante él cerca de una ciudad llamada Cissa; Gneo, les atacó en formación y, habiéndoles vencido, se apoderó de grandes riquezas, ya que el ejército que había pasado a Italia había dejado allí todos sus bagajes; además se ganó la amistad y alianza de todas las tribus al norte del Ebro, e hizo prisionero al general cartaginés Hannón y al íbero Andóbales; este resultaba ser un príncipe del interior,

que se distinguía por su adhesión a los cartagineses. (4) Tan pronto como se enteró Asdrúbal de lo ocurrido, acudió en socorro de sus aliados y atravesó el Ebro.- Y sabiendo que las tropas navales romanas que habían sido dejadas en la costa vivían confiadas y descuidadas por las victorias de las tropas terrestres, tomó de su ejército ocho mil infantes y mil jinetes, y cayendo sobre aquellas tropas dispersas por la campiña, mató a muchos y a los demás les obligó a huir y refugiarse en las naves. (5) Después de esto, se retiró, volvió a pasar el Ebro, y se entregó a la preparación y defensa de las plazas al sur del río, mientras hibernaba en Carthago Nova. Gneo, vuelto a la escuadra, castigó según la costumbre a los culpables, reuniendo a las tropas terrestres y navales, estableció los cuarteles de invierno en Tarrácon; y repartiendo por igual entre sus soldados el botín, les inspiró un vivo afecto y un gran entusiasmo para el futuro”. Traducción según el texto de M. Trepát y M. Valentí (*FHA* III, 1935, 259), confrontado con la de M. Balasch (Ed. Gredos, 1981) y la trad. inglesa de W.R. Paton (Loeb. Class. Libr., 1979).

Por su parte, Livio (XXI, 60-61), con su estilo característico, prolijo y detallado, introduce nuevos matices y detalles en la narración coincidiendo en líneas generales con lo descrito por Polibio:

(XXI, 60) “Mientras estas cosas ocurrían en Italia, Gn. Cornelio Escipión, enviado a Hispania con una escuadra y un ejército, zarpó de las bocas del Ródano y doblando los Pirineos abordó Emporion. Desembarcó allí el ejército y empezando por los lacetanos, sometió a Roma toda la costa hasta el Ebro, unas veces renovando alianzas otras estableciéndolas. La fama de su clemencia y de su justicia se extendió no solo entre los pueblos marítimos, sino también por los del interior y llegó hasta los de las montañas, gentes más indómitas; concluyó con éstos no solo la paz, sino también alianzas armadas, y reclutó de entre ellos algunas fuertes cohortes auxiliares. El mandato de Hannón era sobre estas tierras de este lado del Ebro; aquí lo había dejado Aníbal como custodia de esta región. Así pues, antes de que Escipión le quitase toda la comarca comprendió que era necesario salirle a su encuentro y puestos a vista del enemigo el campamento le presentó batalla. No pareció a Escipión que hubiese de diferirse el combate, ya que habiendo de combatir con Hannón y Asdrúbal, prefería hacerlo por separado, a luchar contra los dos juntos. No fue muy empeñado el encuentro: seis mil enemigos fueron muertos, dos mil hechos prisioneros, con la guardia del campamento, pues el campamento se tomó y en él el general y algunos príncipes, también Cissis, plaza cercana al campamento fue tomada. Pero el botín de la ciudad fue pobre, ajuar bárbaro y ropa de esclavos (*et Cissis propinquum castris oppidum expugnatur. Ceterum praeda oppidi parvi pretii rerum fuit, supellex barbarica ac uilium mancipiorum*); el saqueo del campamento, en cambio enriqueció a los soldados con los despojos no solo de los vencidos sino también de los que con Aníbal habían pasado a Italia y habían dejado todos sus efectos de valor en esta banda de los Pirineos para no entorpecer la marcha con bagajes pesados.

(XXI, 61) Antes de que se supiese la noticia de este desastre, Asdrúbal atravesó el Ebro con ocho mil infantes y mil caballos con el propósito de salir al encuentro de los romanos a su llegada, pero cuando supo la derrota de Cissis y la pérdida del campamento torció su camino hacia el mar. No lejos de Tarraco mandó aquí y allá grupos de jinetes que mataron gran número de soldados y todavía más pusieron en fuga; los romanos fueron empujados hacia las naves donde prestaban servicio junto a los aliados de la marina, que vagaban dispersos por los campos, como suele ocurrir cuando los sucesos favorables inducen a la negligencia. Asdrúbal no se atrevió a quedarse más tiempo en este lugar temiendo ser atacado por Escipión y se retiró más allá del Ebro. Escipión, llegando a toda prisa, castigó algunos prefectos de las naves y dejando una módica guarnición en Tarraco regresó con la escuadra a Emporion. Partido apenas, se presentó Asdrúbal, y sublevando el pueblo de los ilergetes, que había dado rehenes a Escipión, con la juventud de éstos se pone a devastar los campos de los aliados fieles a los romanos. Sale Escipión de su campamento de invierno y se retira de nuevo Asdrúbal, abandonando todo el país de este lado del Ebro. Escipión se lanza con todo su ejército contra los ilergetas, abandonados por el autor de su sedición y sitia la ciudad de Atanagro, capital de aquella gente; recibe en pocos días su rendición y les exige más rehenes que antes y una contribución en dinero. De aquí marcha contra los ausetanos, vecinos del Ebro, aliados estos también de los cartagineses, y sitia su ciudad... Finalmente, como Amusico su príncipe hubiese huido al lado de Asdrúbal, se entregaron mediante el pago de veinte talentos. Los romanos regresaron a invernar a Tarraco”. Trad. según M. Valentí (*FHA*, III, 1935) y B. Ceva (*BUR*, 1986).

En el año siguiente, ambos autores coinciden de nuevo en señalar como hechos bélicos más destacables, la batalla naval de las bocas del Ebro en la que Gneo Escipión con

la ayuda de los massaliotas derrotaría a la flota púnica de Asdrúbal partida de *Carthago Nova*, recibiendo luego refuerzos de Italia llegados con su hermano Publio, combatiendo desde entonces juntos y llevando las operaciones al sur del Ebro (Polibio III, 95). Por su parte, Livio describe igualmente como méritos bélicos de Gneo Escipión la victoria naval en el Ebro pero añade un ataque sorpresa contra la propia *Carthago Nova*, la toma de *Longuntica*, el asedio de *Ebusus*, la celebración de una asamblea “en la costa citerior” (hemos de entender que en *Tarraco*) con la entrega de 120 pueblos, una expedición audaz que alcanzaría las cercanías de *Cástulo* y una primera rebelión de los caudillos ilergetes Mandonio y Indíbil (el Andóbales que cita Polibio).

De todo este panorama repleto de victorias, el hecho histórico incuestionable sería en realidad la llegada de Publio Escipión. Éste, nombrado cónsul del año 218 a.C. junto a Ti Sempronio Longo, habría recibido en el sorteo el mando de Hispania (Livio XXI, 17) mientras a Sempronio le correspondían Sicilia y Africa. Narra entonces Livio (XXII, 22):

“Esta era la situación en Hispania cuando P. Escipión, siguiendo órdenes del Senado que le había prorrogado el imperio consular, llegó a su provincia con treinta naves de guerra, 8000 soldados y gran cantidad de provisiones. Esta flota imponente por el número de naves de carga, vista desde lejos con gran alegría por los ciudadanos y los aliados, abordó desde altamar el puerto de Tárraco. Aquí, desembarcados los soldados, marchó Publio Escipión a unirse con su hermano, y desde aquel momento llevaron la guerra de común acuerdo”.

Ambos autores parecen diferenciar con claridad dos lugares distintos: el *oppidum paruum*, (poblado pequeño, ciudadela) de *Cissis / Kissa*, un lugar interior donde tuvo lugar la batalla, y la costera *Tarraco / Tarrákon* que contemplaría el desembarco de la flota, el contraataque púnico y la desbandada de la marinería romana. La expresión de Livio (XXI,61) “pero cuando supo (Asdrúbal) la derrota de Cissis y la pérdida del campamento torció su camino hacia el mar...” parece evidenciar claramente la distinción entre ambos lugares y la situación interior de *Cissis*. El ejército romano, que descendía desde *Emporion* por mar y tierra combatiendo a lo largo de la costa, habría llegado a *Tarraco*, quedando allí detenida la flota que le servía de transporte e intendencia, mientras las legiones en formación se dirigían contra el campamento púnico situado junto a un *oppidum* de las comarcas del interior. Tras la retirada de Asdrúbal, Gneo Escipión concentraría en este puerto sus tropas de tierra y mar estableciendo una base de hibernada común.

El lugar debía pues poseer un fondeadero y un entorno de playa suficiente como para permitir la puesta en seco de toda la flota durante la pausa invernal. Un año después, según el relato de Livio, llegaría el ejército consular de Publio C. Escipión. Su flota ya no tomaría la ruta costera por Génova, el golfo galo y *Emporion*, peligrosa por la presencia naval cartaginesa en las costas de Etruria (Livio XXII,11,6), sino que habría preferido la navegación de altura por el estrecho de Bonifacio, alcanzando directamente desde Roma el puerto tarraconense.

Livio, Polibio y Apiano continúan narrando con extremo detalle los acontecimientos de las campañas hispanas en los años siguientes: las dificultades económicas de los Escipiones en el 215; la reconquista de Sagunto en el 212; la muerte en combate de ambos hermanos en el 211 y la retirada del ejército romano hacia *Tarraco* bajo el mando del tribuno L. Marcio; el desembarco en *Tarraco* de un nuevo ejército de refuerzo, llegado apresuradamente desde la Campania al mando de Claudio Nerón; la designación irregular del joven edil de 24 años Publio Cornelio Escipión, hijo y sobrino de los anteriores, como procónsul para Hispania al mando de dos nuevas legiones y su desembarco en *Emporion* en

el otoño del 210 a.C.; la concentración en *Tarraco* del nuevo ejército consular junto a las desgastadas tropas veteranas y los aliados; el asedio y conquista de *Carthago Nova* en el año 209; las nuevas campañas en los años 208 y 207; y finalmente en el año 206 a.C. el abandono de la Península por las últimas tropas púnicas y la rendición pactada de *Gadir* a Roma como último bastión estratégico. Escipión, que preparaba la estrategia de alianzas para llevar la guerra al Africa púnica, abandonaría entonces Hispania para presentarse a las elecciones consulares del 205, mientras la flota romana, cargada con el botín de 12 años de guerra, zarpaba del puerto de *Tarraco* en dirección a Roma.

Nuestro problema a la hora de interpretar palabra por palabra lo dicho por estos grandes historiadores radica en su carácter de autores enciclopédicos, trabajando en las grandes bibliotecas de Roma con obras de otros autores que no se han conservado y cuya fidelidad difícilmente podemos evaluar con precisión a pesar de las magníficas ediciones críticas actualmente disponibles. En este sentido, resulta indicativo comparar una importante gesta como la batalla de *Cese* y el botín conseguido en ella por Gneo Escipión en el 218 a.C. con la escueta cita que para los mismos hechos aplicó el historiador alejandrino Apiano, escribiendo en los inicios del siglo II d.C.:

“(Los romanos) a Publio Cornelio Escipión lo enviaron a Iberia al frente de 60 naves con diez mil infantes y 700 jinetes y, como legado suyo, enviaron con él a su hermano Gneo Cornelio Escipión. Publio al enterarse por mercaderes massaliotas de que Aníbal había cruzado los Alpes en dirección a Italia... partió con las quinquerremes en dirección a Etruria después de entregar a su hermano Gneo el ejército de Iberia... Gneo, por su parte, no llevó a cabo nada digno de mención en Iberia antes de que regresara a su lado su hermano Publio”. (Apiano, *Ib.*, 14-15 extractado. Trad. A. Sancho, Ed. Gredos, 1980)

Si valoramos únicamente los textos de Livio y Polibio para tratar el problema de la ubicación de *Cese* resulta necesario reconocer que su fiabilidad será, cuanto menos, discutible. ¿Se trata de una narración ajustada a los hechos o de una invención de la analítica romana para contrarrestar los dolorosos y humillantes éxitos coetáneos de Aníbal en Trasimeno y Cannas? Al menos, sin embargo, tenemos narraciones y datos que evaluar. Las menciones de *Tarraco*, omnipresentes a lo largo de esta etapa bélica en los textos de Livio y Polibio (Martínez Gázquez 1987 ha recopilado 32 citas de Livio y 6 de Polibio) se diluyen acto seguido en breves citas puntuales que apenas narran algunos pocos acontecimientos en los dos siglos siguientes:

- Paso por la ciudad del cónsul Catón en el año 195 a.C. durante su campaña contra la gran rebelión de los hispanos tras la declaración provincial del 197 a.C. (Livio, XXXIV, 16).
- Mención de la ciudad en el 180 a.C. como centro de hibernada durante la campaña celtibérica de Ti Sempronio Graco (Livio XL,39).
- Refugio en la ciudad del exconsul C. Porcio Catón, nieto del anterior, condenado al destierro en el 109 a.C. (Cicerón, *Pro Balbo*, 28).
- Últimas correrías por las costas próximas de los rebeldes sertorianos en el año 73 a.C. poco antes de la muerte de su líder en *Oscá* (Estrabón III, 4,10).
- Auxilio de la ciudad a Julio César durante las operaciones previas a la batalla de *Ilerda* en el 49 a.C. contra los legados pompeyanos (*BC*, I, 60); para acabar en el mismo año con la asamblea provincial convocada por César en *Tarraco* para fijar recompensas y castigos una vez acabadas las operaciones militares (*BC*, II, 20).

Tarraco, ciudad con puerto, ciudad sin puerto.

Debemos de nuevo esperar a la época augustea, para encontrar la principal y de nuevo brevísima descripción de la ciudad incluida en el libro III de la magna *Geografía* de Estrabón (III, 4, 6-7):

“Entre las bocas del Ebro y el extremo del Pirineo, en que están los trofeos de Pompeyo, la primera ciudad es Tarrákon. No tiene puerto, pero está levantada sobre un golfo estando bien provista de lo demás y teniendo hoy no menos habitantes que Carthagonova. Porque está bien situada para residencia de los gobernadores y es la metrópoli no solo para las tierras sitas al norte del Ebro sino también para las de una gran parte de las del otro lado. Las islas Gimnesias y Ebusos, islas famosas, están cerca, lo cual explica la importancia de la ciudad. Dice Eratóstenes que también tiene una rada, pero Artemidoro le contradice negando que tenga un lugar propicio para echar el ancla”. Trad. según Schülten (*FHA*, VI, 1952) y Jones (Loeb Class. Lib., 1969).

El texto es importante pues introduce un nuevo dato para valorar el problema de los orígenes de la ciudad. El carácter “culto” en la descripción lo suministra Estrabón al describir sus características portuarias a partir de una vieja polémica “de biblioteca” entre Eratóstenes, uno de los grandes geógrafos alejandrinos del siglo III a.C. y Artemidoro, un diplomático efesio que viajó por las costas hispánicas a fines del siglo II a.C. Tras valorar ambas fuentes, la conclusión final de Estrabón resultaba categórica: *Tarraco* “no tiene puerto” (*álímenos*), ni tan siquiera, de creer a Artemidoro, “un lugar de ancoraje” (*ankyrobolion*). Esta afirmación no deja de causarnos perplejidad después de examinar los textos anteriores de Livio y Polibio con el desembarco, internada y partida de flotas enteras en *Tarraco* a fines del siglo III a.C. Un puerto cuyos pescadores pudieron comunicar a Escipión en el 210 a.C. las características costeras de la *Carthago Nova* púnica (Livio XXVI,45,7).

El primer autor mencionado por Estrabón, Eratóstenes de Cirene, fue como sabemos un famosísimo geógrafo y astrónomo helenístico del siglo III a.C. (c. 280-195 a.C.): tercer responsable de la Biblioteca de Alejandría, autor de un catálogo de estrellas, definidor de los paralelos y meridianos terrestres y primer medidor de la circunferencia del globo terráqueo. Vivió por lo tanto en el apogeo de la ciencia helenística alejandrina del siglo III a.C. Su magna y novedosa *Geografía* (*Geographica*) fue una descripción de toda la *oikouménē* o mundo conocido según la revisión detenida de toda la documentación disponible en su época, eliminando de la misma los relatos míticos y poéticos. Una obra fundamental, hoy perdida, pero repetidamente citada en la literatura antigua (Berger 1884; Dragoni 1979).

Eratóstenes nunca estuvo en el Occidente mediterráneo. Para el conjunto global de su obra no lo necesitaba, ya que en la Biblioteca de Alejandría tenía bajo su responsabilidad la práctica totalidad de los tratados geográfico-históricos, periplos y libros de viajes hasta entonces producidos. Según un autor tardío, Marciano de Heraclea (*GGM* I, 564), Eratóstenes tomó su descripción de las costas mediterráneas del tratado “Sobre los puertos” de Timóstenes de Rodas, uno de los almirantes de Ptolomeo Filadelfo: un periplo de tipo militar y estratégico con indicaciones precisas de orientación y alineación.

La obra de Timóstenes era sin duda fiable, aunque no sepamos que fuentes concretas utilizó a su vez para describir las costas ibéricas. Las recientes cartas griegas sobre plomo descubiertas en *Emporion* y Pech Mahó (*IGAI* núms 1 y 7) nos recuerdan como desde el siglo V a.C. las grandes casas comerciantes de las metrópolis jónicas mantenían una intensa correspondencia con sus agentes en los distintos *emporía* dispersos por las costas itálicas e ibéricas; testimonios ampliamente atestiguados por las ofrendas en santuarios empóricos como Gravisca, el puerto de la etrusca Tarquinia o el puerto fluvial de la propia Roma en el Foro Boario (v. p.e. Ruiz de Arbulo en prensa).

Por su parte, Artemidoro de Efeso fue un político y viajero, embajador de su ciudad en Roma, que recorrió todo el litoral del Mediterraneo hispánico, además de las costas de Africa, Egipto y Etiopía, escribiendo a continuación en Alejandría, en torno al año 100 a.C., una *Geografía (Geographoúmena)* en 11 libros, extractada por Estrabón y resumida en el siglo IV d.C. por Marciano de Heraclea (*GGM I*; Hagenow 1934). El periplo hispano de Artemidoro, recorrido en persona por el autor, comenzaba en el Cabo Sagrado (Cabo de S. Vicente), considerado el extremo occidental de Europa, del que Estrabón toma su descripción.

La discusión “de biblioteca” entre ambos autores sobre el puerto de *Tarraco* resulta difícil de entender. La mención del puerto aparece explicitada en Livio: “*portum Tarraconis ex alto tenuit...*” y también en época tardía por el lexicógrafo Suidas que bajo el término *epíneion* habría incluido la mención de Polibio describiendo el cuartel invernal de Gneo Escipión en el 218 a.C. (Pericay 1952, 16-17):

“Polibio. Los romanos llevaron a tierra sus naves, a sus [soldados], después de las derrotas sufridas los congregaron en Tarrákon y construyeron en ella un *epíneion* a fin de proteger, dueños del paso, a sus aliados” (*Suidae Lexicon*, Adler ed., 1931, 371).

Un *epíneion* significa escolleras, muelles, almacenes, calles, casas y edificios públicos. En un contexto bélico como el vivido por Gneo y Publio Escipión se trata evidentemente del centro de hibernada convertido en cuartel general portuario. Un *epíneion* en la literatura griega describe un fondeadero, muelle o puerto, pero también un espacio portuario urbanizado diferenciado de la ciudad, como ocurría en los puertos de Corinto o Atenas. Otro matiz del término, importante aquí, sería su carácter artificial, construido, frente al uso de *limén* que describe en griego un puerto natural, la ensenada resguardada de aguas profundas, *hormos*, la bahía remansada, y *salos*, la simple ensenada abierta.

Evidenciada pues la disparidad existente entre el *portus Tarraconis* citado por Livio en el 217 a.C. y el carácter *alímenos*, sin puerto, que Artemidoro y Estrabón atribuyen a la *Tarraco* republicana, nos interesa ahora remacar, siguiendo una reflexión de Pericay (1952), la importancia de la referencia tomada de Eratóstenes (y de su fuente Timágenes), con seguridad anteriores a la intervención romana en Iberia durante la Segunda Guerra Púnica. Sabemos que las principales ensenadas de las costas catalanas y del levante hispano a lo largo de los siglos VII-IV a.C. quedaron abiertas al comercio marítimo de fenicios, griegos y púnicos con la urbanización de las comunidades del bronce final lentamente aculturizadas y convertidas en las distintas tribus ibéricas, socialmente jerarquizadas. La mención de Eratóstenes / Estrabón de la presencia del citado fondeadero debe necesariamente relacionarse con las importaciones cerámicas áticas y púnicas documentadas en el *oppidum* ibérico tarraconense que describiremos más adelante.

En tales fechas debemos preguntarnos que nombre designaría al fondeadero descrito por el alejandrino en la gola o desembocadura del río Francolí y al *oppidum* ibérico ligado con el mismo que la arqueología ha documentado.

Los poetas tardíos y su fiabilidad.

En fechas mucho más tardías, ya en pleno siglo IV d.C., poetas ilustrados como Avieno y Ausonio introducirían nuevas variantes en la cuestión que han dado origen a discusiones interminables y un tanto inútiles. Avieno, en su famosa *Ora Maritima*, al describir de sur a norte las costas hispanas, situaría en estos lugares el solar de *Calípolis*, una mítica “ciudad bella” cercana a *Tarraco*:

“Después de todo esto, las arenas descansan en una gran / extensión, a lo largo de las cuales se erigió, tiempo / atrás, la ciudad de Salauris, y también estuvo, antaño, / la antigua Calípolis, aquella famosa Calípolis que, por / la elevada y excelsa altura de sus murallas y por sus / altos edificios, se erguía hacia las auras, ella que, / con el ámbito de su inmenso solar, ceñía, por ambos lados, / un lago, siempre fecundo en peces. / Después la ciudad de *Tarraco* y la sede amena de los / ricos habitantes de Barcilo, pues un puerto abre allí sus / brazos seguros y la tierra está siempre empapada de / aguas dulces “ (Avieno, v. 512-522. Trad. según P. Villalba, *THA*, I, 1994).

Para este famoso poema continúa aceptándose la propuesta de A. Schulten (*FHA* I) de considerarlo fuertemente influido por un periplo massaliota datable en el siglo VI a.C. que describiría las costas entre *Tartessos* (en la actual Huelva) y *Massalia*. P. Bosch Gimpera y A. Schulten consideraron por igual que la referencia de *Calípolis* debería aplicarse a la propia *Tarraco*, como un precedente real o mítico de la misma. Los comentarios incluidos en la última edición castellana (*THA*, I, 1994, 147, n. 527 y 529) no introducen ninguna novedad de interés a lo ya dicho por estos autores.

Por su parte Ausonio, el poeta de *Burdigala*, complicaría aun más la cuestión al adjudicar a *Tarraco* el adjetivo de “etrusca” en una de sus cartas:

“*Nunc tibi trans Alpes et marmoream Pyrenen / Caesarea est Augusta domus, Tyrrhenica propter / Tarraco est ostrifera super addita Barcino ponto* “. (Ausonio, *Epist.* 27, v. 87-89. Ed. según R. Grosse, *FHA* VIII, 1959, 381).

La cita de Ausonio, que despertó en los años 20 el interés de A. Schulten (1930; 1948) empeñado en reconocer una tipología etrusca en las murallas tarraconenses, fue ya valorada en su justa medida por P. Pericay (1952, 35 y ss.) como un ejemplo de “etimología popular”: la existencia de una similitud fonética que implica la búsqueda de una explicación histórica. Así, Ausonio calificaría a *Tarraco* como *thyrrhenica* por su homofonía con la lacial Tarracina, al igual que decidió denominar a Bárcino como *punica*, por considerar que su nombre derivaría de los Bárquidas. Por su parte, G. Alföldy (1991, 22) considera el adjetivo étnico de Ausonio como una simple referencia al mar Tirreno, límite oriental de Hispania en las descripciones geográficas de la Antigüedad Tardía. Esta identidad se confirma en una carta de Paulino de Nola a Ausonio, (v. 235: *quae Betis oceanum Tyrrhenumque auget Iberus*, *FHA* VIII, 1959, 383; también en la *Cosmogr.*, II, 33).

Valoración de las fuentes escritas.

Para el problema que ahora nos ocupa, el análisis particular de las fuentes escritas no permite llegar a resultados concluyentes. Si algo parecen probar con claridad los textos de Polibio y Livio, es la separación física que existía en el 218 a.C. entre el *oppidum* de *Kissa / Cissis* y la costera *Tarraco* (Pericay 1952, 65-68). Al reunir y comentar los textos relativos a la fundación de la ciudad en la actualización de la voz *Tarraco* para la *RE*, G. Alföldy concluiría: “Aunque las fuentes, deficientes y contradictorias, no permiten extraer ninguna conclusión segura, cabe suponer, no obstante, que fueron los romanos (y sus aliados indígenas) quienes edificaron *Tarraco* como ciudad y que ésta no se llamó ni *Callipolis* ni *Kesse*, sino *Tarraco*” (Alföldy 1972; trad. castellana 1991).

La reflexión es oportuna pero creemos que el tema no puede quedar cerrado con esta afirmación. En su discurso defendiendo la concesión de la ciudadanía romana al riquísimo banquero gaditano Balbo a mediados del siglo I a.C., Cicerón (*Pro Balbo*, 10, 28) introduce una referencia que resulta aquí, creemos, de importancia fundamental:

“Pertener a dos ciudades esta prohibido por nuestro código civil. No se puede ser ciudadano de una ciudad cuando uno se ha declarado solemnemente de otra. Así lo hicieron en su desgracia eminentes

personalidades: Q.Maximo,C.Laenas y Q.Filipo en Nuceria, C. Catón en Tarraco, Q. Cepión y P. Rutilio en Esmirna...”

El destierro de C. Porcio Catón (cónsul del año 114 a.C.) ocurrido en el año 108 a.C., implicaba necesariamente la salida del estado romano. Como ya señalara G. Alföldy (1991, 27 y 31), C. Catón busco refugio en *Tarraco* recurriendo probablemente a clientelas familiares ligadas a las campañas hispanas de su abuelo Catón el censor, pero la cita nos obliga a considerar, necesariamente, que el recinto urbano de *Tarraco*, a fines del siglo II a.C., no formaba parte estricta del estado romano y por tanto no podía poseer un estatuto urbano de tipo colonial, municipal o de carácter más difuso como simple *oppidum*. En otras palabras, a fines del siglo II a.C., *Tarraco* no era, jurídicamente, una fundación romana.

Necesariamente ese “pertener a otra ciudad” de la cita de Cicerón implicaba para *Tarraco* un estatuto privilegiado como ciudad libre o federada, lo cual no impedía en absoluto la presencia anexa de una base militar romana ni un protagonismo administrativo de la ciudad en la nueva realidad provincial. El ejemplo de Utica, capital de la nueva provincia romana de Africa pero a la vez nombrada ciudad libre como premio por su rendición a Roma durante la Tercera Guerra Púnica en el 149 a.C. resulta un ejemplo precioso de una situación semejante (Ruiz de Arbulo 1992).

El contexto jurídico del destierro tarraconense de C. Catón no encuentra ninguna justificación si valoramos únicamente la *Tarraco* republicana como una ciudad “*Scipionum opus*” y nos obliga a reflexionar de nuevo sobre el carácter ibero prerromano de la población.

El aporte numismático.

Las acuñaciones tarraconenses proporcionan una nueva visión para esta cuestión topográfica sobre los orígenes de la ciudad y su denominación. Desde el siglo XIX, los estudiosos han apreciado con claridad que las acuñaciones tarraconenses con leyenda latina correspondían a un momento avanzado, ya en época augustea, en relación con el nuevo estatuto colonial. Por el contrario, entre el 218 a.C. y hasta el año 12 a.C., fecha de la primera emisión tarraconense con leyenda latina, abundan en la ciudad y su entorno inmediato abundantísimas emisiones de moneda de bronce con leyendas ibéricas *Cese / Cesse*, con series clasificadas y ordenadas metrológicamente por L. Villaronga (1983).

Las primeras emisiones monetales tarraconenses se insertan en el nuevo contexto belico-económico de la Segunda Guerra Púnica, ampliamente estudiado en los últimos años. Con anterioridad a las campañas de los Barca a partir del 237 a.C la economía monetar en Hispania tenía un carácter meramente puntual. A fines del siglo V a.C. comienzan a documentarse tesoros conteniendo pequeñas piezas anepígrafas de plata de tipología massaliota (tipo Auriol), pronto imitadas en *Emporion* con siglas *EM*. Cien años después, a fines del siglo IV a.C. tan solo existían tres cecas en funcionamiento en toda la Península Ibérica: las griegas *Emporion* y *Rhode* y la fenicia *Gadir*, basadas conjuntamente en una peculiar dracma de 4,80 grs., alejada de los pesos habituales en los circuitos centromediterráneos, seguidas poco después por los broncees acuñados en *Aiboshim* (Ibiza). Las monedas llegadas del exterior por vía del comercio marítimo o las traídas por los mercenarios iberos no parece que representaran un volumen significativo de numerario (Villaronga 1993; Campo 1973; 1994).

Pero este panorama cambió con la expansión militar cartaginesa liderada por los Barca y la consecuente guerra púnica. Las largas campañas militares, el mantenimiento y pago de grandes contingentes de tropas y el lógico e inmediato gasto de las soldadas

ocasionaron la aceptación generalizada del patrón moneda. Frente a los 11 tesoros documentados con anterioridad al 218 a.C., las décadas de la guerra púnica ocasionaron un brutal incremento de las ocultaciones, pasando a ser 35 los tesoros documentados (Villaronga 1993). Estos tesoros muestran como numerario fundamental monedas hispano-cartaginesas y monedas emporitanas.

Las emisiones cartaginesas, anepígrafas, debieron ser acuñadas en torno a las minas de *Carthago Nova* y *Castulo* en las décadas del 230 y 220 a.C. y proporcionaban los fondos utilizados por los cartagineses para el mantenimiento y pago de sus grandes ejércitos mercenarios. El numerario púnico cubre toda la escala de valores del patrón plata basado en un *shekel* de 7,20 grs. (trishkel, dishekel, shekel, medio y cuarto); bronce (unidades de 8/9 grs., mitades y cuartos) y esporádicamente también oro. Con la guerra, se añadieron además acuñaciones locales de moneda de plata en cecas como *Gadir*, *Aiboshim* y *Malaka*, reconocibles por sus tipos y leyendas, además de una gran cantidad de divisores de bronce también anepígrafos (Villaronga 1973; 1983 b; Alfaro 1988; García-Bellido, M.P. 1990).

El desembarco en *Emporion* de las legiones romanas significó la aparición de un nuevo colectivo militar con idénticos gastos de mantenimiento y pago de las soldadas. La moneda oficial romana (cuadrigatos de plata, ases y divisores de bronce) llegada en los años 218 y 217 a.C. con las legiones y los publicanos suministradores, no parece que fuera suficiente para garantizar el pago de las tropas. En el año 215 a.C., Gneo y Publio Escipión, a pesar de sus aparentes éxitos iniciales, enviaban una famosa carta al Senado en la que según Livio (23,48,4):

“se describían las felices empresas por ellos conducidas en Hispania; se añadía no obstante que faltaba el dinero para las soldadas (*stipendium*), también trigo y ropa para el ejército y los aliados navales. En lo relativo a las soldadas, si el *aerarium* estaba empobrecido ya encontrarían un medio de conseguir dinero de los hispanos; las demás cosas, no obstante, debían ser enviadas rápidamente desde Roma porque si no sería imposible mantener ni el ejército ni la provincia”.

La carta se dirigía efectivamente a un *aerarium* agotado por las terribles derrotas militares de Trasimeno y Cannas y por el mantenimiento de distintos y lejanos teatros de operaciones. Como respuesta a la carta de los Escipiones y tras el debate en el Senado, Livio recuerda que el censor tuvo que subastar a crédito entre las sociedades de publicanos el mantenimiento de las tropas hispanas, acordándoles privilegios y exenciones diversas. Ropa y provisiones llegaron efectivamente en el 214 a.C. a los Escipiones durante el sitio de *Illiturgi* pero no así moneda en metálico para el *stipendium* que tuvieron necesariamente que procurarse en el propio teatro de operaciones.

En realidad, los tipos de numerario aparecidos en los mencionados tesoros permitieron a P. Marchetti (1978) y L. Villaronga (1985, 1987) señalar la ceca emporitana como la principal responsable de las primeras emisiones para uso militar romano en Hispania. Las dracmas emporitanas aumentaron espectacularmente el volumen de emisiones, redujeron pesos de 4,85 grs. a 4,70 / 4,65 grs., al tiempo que variaba ligeramente la tipología de los reversos transformándose la cabeza del Pegaso en un niño Crisaor (series VIII a X de Guadan 1955 con 294 cuños).

Los Escipiones habrían utilizado así la única ceca estable que funcionaba al norte del Ebro. *Rhode* había interrumpido su corta emisión de dracmas y divisores a mediados del siglo III a.C. y las cecas más próximas con acuñaciones de plata -*Arse/Saiganthe* (Villaronga 1967; Ripolles 1992) y *Aiboshim/Ebusos* (Campo 1976)-, estaban bajo dominio cartaginés. Al utilizar en su provecho las cecas locales, adaptando la metrología pero sin variar los tipos, los Escipiones seguían una política habitual, también documentada en el

teatro de operaciones de Iliria desde el 229 a.C. (Giovannini 1982). No obstante, la intensidad del esfuerzo militar y un teatro de operaciones a desplegar hacia la Hispania levantina y meridional precisó de la puesta en marcha de nuevas cecas monetales.

Coetánea con estas grandes emisiones militares romanas de dracmas emporitanas fue también la aparición de unidades y divisores de bronce con leyenda ibérica *Cese*. La primera serie identificada por L. Villaronga (1983 a) presenta únicamente divisores de valor mitad con cabeza masculina, caballo al galope y leyenda *Cese*, mientras que la segunda serie incluye ya toda la escala monetaria con valores 1,5 (cabeza masculina barbada / jinete con palma); unidades (cabeza imberbe / jinete); mitades (cabeza imberbe / caballo); cuartos (cabeza imberbe / medio pegaso) y sextos (cabeza imberbe / delfín). Ambas series utilizaban el sistema metrológico de 18 monedas por libra, anterior a la reforma del 211 a.C que luego comentaremos.

Al mismo tiempo, en los tesoros de Tivissa 4 y Orpesa, L. Villaronga (1988 y 1993 num. 36 y 39) ha detectado además piezas correspondientes a una serie de dracmas que imitan los tipos emporitanos de uso militar romano con el Pegaso/Crisaor y presentan la leyenda ibérica *tarakonsalir*. Algunas de estas piezas se habían ya publicado en colecciones del siglo XIX, pero al no conservarse originales su autenticidad estaba bajo sospecha. Los pocos ejemplares conocidos permiten tan solo distinguir tres cuños e indican que se trató de una emisión de corta duración con un peso medio de 4,52 grs (no indicativo por los pocos ejemplares conservados). Su importancia resulta singular al documentarse por primera vez el topónimo griego *Tarrákon* transcrito en ibero. El sufijo *salir*, bien conocido en otras emisiones ibéricas (p.ej. en la leyenda del área ilergete *iltirtasalirban*) ha sido interpretado tradicionalmente con el sentido “plata”.

Al mismo tiempo, Villaronga (1983 a, 41-43 y lam. 1) ha publicado dos dracmas también de imitación de las series emporitanas del Pegaso/Crisaor con leyenda ibérica *cese* y otra, ya publicada por Mateu con leyenda *cese*, que Villaronga corrige en *ticose*. Sin embargo, al proceder en este caso del mercado anticuario y por su carácter excepcional y único hay que valorar el riesgo muy probable de que se trate de falsificaciones (De Hoz 1995, cit. Campo 1998, 34).

Las dracmas de imitación emporitana con leyendas ibéricas inauguraron una serie muy amplia de acuñaciones de las que L. Villaronga (1994,33-36), con su exhaustivo conocimiento del numerario paleohispánico, ha detectado hasta 118 variantes diferentes. En unos casos se trata de copias literales que imitan el estilo y la leyenda griegos de forma imprecisa; otras adoptan ya un estilo propio en el tratamiento de las figuras, sustituyendo la leyenda por letras sin sentido o simplemente omitiéndola; finalmente, un tercer grupo incluye leyendas con topónimos no siempre identificables. En el caso de las distintas variantes de *iltirta* (*iltirta*, *iltirtasalirban*...), con gran volumen de emisiones, su relación con la *ciuitas* y los distintos *oppida* de los activos y belicosos ilergetes resulta segura. Pero en lo que respecta a *kertekunte*, *orose*, *etokisa*, *basti* o *belse*, entre otros, nada puede decirse pues son topónimos no mencionados en los textos y que además desaparecerían en las emisiones posteriores del siglo II a.C. (Campo 1998). En cualquier caso, existe hoy en día el convencimiento de que debemos relacionar este gran volumen de acuñaciones con el esfuerzo militar romano durante la Segunda Guerra Púnica.

También las grandes ciudades ibéricas del levante peninsular iniciaron sus acuñaciones de moneda en esta época. *Arse/Saiganthe* había inaugurado las emisiones con leyenda ibérica en los años de la expansión bárquida con una primera emisión de diseño griego (cabeza de Atenea y toro con cabeza humana) y leyenda ibérica *arskitar* (Ripollés

1992). Dominada por los púnicos entre el 219 a.C. y el 212 a.C, la ciudad reanudaría sus emisiones durante los años de guerra al tiempo que entraba en funcionamiento la nueva ceca de *Saiti/Saetabi* (Xativa) de la que se conoce una excepcional didracma de 6,80 grs. (Heracles/Aguila explayada) y leyenda *saitabietar*. En el Levante se documentan igualmente emisiones de divisores de plata anepígrafos de tipología púnica (García-Bellido, M.P. 1993, 93-101), y en las tierras del sur comenzaron también a emitir moneda de bronce las cecas de *Castilo*, la latina *Castulo* –Cazlona- junto a las minas de plata de Sierra Morena), e *Ibolca / Obulco*, identificable con la ilustrada y urbanizada ciudad ibera de Porcuna (Villarona 1994, 330-354).

En este contexto monetar militar y global debemos situar las emisiones de *taraconsalir* y *cese*. Desde el punto de vista cronológico contamos como dato fundamental con la reforma monetaria romana de c. 211 a.C. En el curso de la guerra, la moneda de bronce había sufrido una serie sucesiva de devaluaciones y Roma reformó finalmente su sistema monetario creando una nueva escala de monedas de plata con la expresión de sus valores en ases de bronce: el denario de 4,50 grs. con valor X, el quinario con valor V y el sextercio con valor II. Al mismo tiempo, Roma acuñó un segundo tipo de monedas de plata –los *victoriati*- con pesos más reducidos (c. 3,60 grs y en disminución), basados en la anterior gama de pesos de las dracmas, y los *quadrigati* destinados al pago de los aliados no afectados por la reforma monetar. Por su parte los pesos del bronce pasaron a 30 monedas por libra. Con esta reforma, Villaronga (1983 a) identifica una tercera emisión de bronce con leyenda ibérica *cese* con mitades, cuartos y sextos en torno a un valor unidad de 10,88 grs (no documentado).

El dominio romano sobre la zona de *Castulo* y finalmente la conquista romana de *Carthago Nova* en el 209 a.C. representaron probablemente el paso a una nueva realidad monetaria en la que cobraron mayor importancia las acuñaciones de tipo estatal realizadas en el teatro de operaciones. Una nueva revisión de los tesoros hispanos realizada por M.P. García-Bellido (1990, 107) le ha permitido señalar la acuñación hispana de victoriatos, (con dobles y mitades) en los años finales de la guerra y una ausencia total de denarios en la misma época. Sugiere con ello un cambio en el proceso de la reforma monetar que habría pasado con los años de guerra del quadrigato al victoriato y una aparición más tardía del denario que no llega a los tesoros de la Península Ibérica hasta el final de la guerra en el 206 a.C. En este contexto de hallazgos, la autora relaciona mejor la creación del denario con la nueva situación financiera generada en Roma tras la conquista de *Carthago Nova* -y sus minas de plata- en el 209 a.C.

Acabada la guerra, la presencia romana en Hispania se consolidaría en el 197 a.C. con la delimitación oficial de las dos provincias (citerior y ulterior) y el nombramiento anual de dos pretores para su gobierno. En Roma, los pesos monetales se estabilizaron en torno a un denario de c. 4 grs. y un nuevo bronce “uncial”. Tuvieron entonces lugar una serie de cambios significativos en el funcionamiento de las cecas monetales hispanas. La importante ceca emporitana dejó de emitir dracmas de plata sustituyéndolas por un nuevo patrón de monedas de bronce con leyenda ibérica *unticescen* y patrón uncial. *Tarraco*, por su parte, puso en circulación denarios con leyenda ibérica *cese* (cabeza viril imberbe / jinete con palma y dos caballos). Al mismo tiempo, sus emisiones de bronce se consolidaron como una ceca estable que acuñaría de forma ininterrumpida a lo largo de los siglos II y I a.C. Al contrario que en *Emporion*, estas emisiones de bronce cesetano aumentaron sus pesos para alcanzar una paridad de dos unidades por as romano, relación que la ciudad siguió manteniendo y adaptando a las sucesivas devaluaciones o aumento de pesos. En las

tierras del interior, las cecas de *Itirta* y *Auso* consolidaron sus acuñaciones a las que siguieron más tarde una amplia serie de cecas que a lo largo del valle del Ebro siguió los pasos de las operaciones militares del ejército romano en dirección a la Celtiberia.

Sobre el origen del numerario tarraconense con leyenda ibérica, M.P. García-Bellido y P.P. Ripollés (1998, 208) han sugerido recientemente en una breve referencia que pueda tratarse de emisiones de metrología púnica anteriores al desembarco romano. Por nuestra parte, en espera de conocer con mayor detalle el desarrollo de esta nueva hipótesis, seguimos aceptando como válida la opinión de L. Villaronga de considerarlas piezas acuñadas durante la Guerra Púnica para solventar las necesidades militares del ejército romano. Ahora bien, la presencia de dos topónimos diferentes (*Cese* y *Tarracon*) nos plantea el problema de donde situar sus cecas respectivas.

Una primera explicación fue defendida por J. Zobel en el siglo pasado y ha sido retomada recientemente por M.P. García-Bellido (1998, 79, fig. 5; García-Bellido, Ripollés 1998, 209): existirían al mismo tiempo dos ciudades diferenciadas cada una con su propia emisión: *Tarraco* y *Cese*. En el contexto de lo descrito por Polibio y Livio deberían ser, respectivamente, de la ciudad costera y del *oppidum paruum* interior junto al que tendría lugar la batalla. Sin embargo, dos núcleos distintos no permiten explicar el carácter absolutamente puntual (y por tanto ilógico) de la emisión con leyenda *taraconsalir*. Si *Cese* fue efectivamente el *oppidum paruum* interior y *Tarraco* el nombre del núcleo ibérico ligado a la nueva base portuaria romana ¿por qué desapareció repentinamente el topónimo grecolatino de toda la gran y dilatada masa del numerario local tardo-republicano? Tampoco parece factible que aquel humilde *oppidum* conquistado, saqueado y esclavizado en el 218 a.C. se convirtiera acto seguido en una ceca monetaria respetando su topónimo. No conocemos ningún paralelo para un hecho semejante.

Por nuestra parte, hemos recordado los casos documentados de *ciuitates* que a lo largo del proceso de romanización presentaron denominaciones distintas según fueran nombradas en griego, ibero, latín o fenicio sin que ello implicara que se tratase de núcleos diferenciados (Ruiz de Arbulo 1991). En *Emporion*, las dracmas con leyenda griega *emporiton* “de los emporitanos” fueron sustituidas en el siglo II a.C. por ases de bronce de idéntica tipología pero con leyenda ibérica *unticescen* (los *indiketai* / *indigetes* de las fuentes escritas), precisamente en las décadas en que la vieja ciudad grecoibérica experimentó una excepcional etapa de mejoras urbanas (Mar y Ruiz de Arbulo 1993). Un cambio que hemos relacionado con un nuevo papel de la ciudad como auténtica potencia territorial, con una *chora* extendida hasta los Pirineos y dominadora de la vecina *Rhode*, todo ello bajo la influencia efectiva de Roma (Ruiz de Arbulo 1992, espec. 70-71).

Sagunto emitió unidades de plata en la época de su enfrentamiento con los Barca con leyenda ibérica *arskitar*, continuó acuñando ases de bronce durante el siglo II a.C. con leyenda ibérica *arse* y a fines de dicho siglo, cuando adaptó su metrología al sistema uncial reducido, adoptó la proa romana y el anverso de las nuevas monedas de *Valentia* con doble leyenda *arse* / *saguntinu* (Villaronga 1967). Considerar ambos topónimos como una evidencia de ciudades diferentes a lo largo del siglo II a.C. como han propuesto puntualmente García-Bellido y Ripollés (1998, 208) nos parece una complicación innecesaria y carente, que sepamos, de refrendo arqueológico. La situación no tuvo que ser diferente en *Saguntum* de lo ocurrido en las demás “emisiones bilingües iberolatinas” del área levantina, donde las series de *saiti* / *saetabi* (Xátiva) y *cili* / *cili* (Gilet), comparten a fines del siglo II a.C. los nombres ibéricos de las ciudades, escritos en grafía ibérica, con los nombres latinos, escritos en latín.

Tampoco podemos separar esta cuestión toponímica de lo evidenciado en las ricas ciudades de la Bética. Recordemos el caso de Porcuna, cuyas primeras acuñaciones a fines del siglo III a.C. utilizan ya leyenda y alfabeto latinos, destacando una bella emisión de ases sextantales a fines del siglo III a.C. (Villaronga 1994, 342, num. 7; 47,98 grs.) con leyenda bilingüe *obulco / ibolca* (Cabeza femenina, leyenda en latín / espiga; arado y yugo, leyenda en ibero). Un caso similar es el de las emisiones de las ciudades “libiofenices” andaluzas, con leyendas bilingües en púnico (o neopúnico) y latín (Asido, Arsa, Bailo, Lascuta, Oba, Vesci, Turirecina, Abdera, Sexs... cf. García-Bellido, M.P. 1987), en ocasiones mantenidas hasta inicios del siglo I d.C. En algunos casos, la transición tardo-republicana tuvo también un componente iconográfico de corte propagandístico: el lobo ibérico de los ases de *Iltirta* dejó paso a la loba romana del *municipium Ilerda* (Perez y Soler 1993).

Un hecho que nos resulta incuestionable en esta cuestión numismática es que a lo largo de los siglos II y I a.C., *Tarraco* acuñó denarios de plata y unidades de bronce, y más tarde únicamente bronce, siempre con leyenda ibérica *cese / cesse*. La única explicación factible es que el nombre ibero de la ciudad fuera en estos momentos efectivamente *Cese*. Arqueológicamente, no existe en estos momentos ninguna otra ciudad, que no sea la propia *Tarraco* a la que puedan atribuirse estas emisiones. Será por tanto a partir de esta identidad tardo-republicana, cuando debamos retroceder en el tiempo y buscar explicaciones tanto para los textos de Livio y Polibio como para las primeras emisiones monetales.

La investigación arqueológica en Tarragona y el origen de la ciudad.

Desde el siglo XVI, la investigación anticuarial sobre los orígenes romanos de Tarragona buscó en los textos clásicos la explicación de las evidencias monumentales conservadas. Los autores del siglo XIX intentaron relacionar los orígenes de la ciudad con una u otra culturas históricas o mitológicas teniendo como principal evidencia la monumentalidad y “arcaísmo” de las murallas romanas conservadas en el perímetro defensivo de la ciudad medieval y moderna y, en menor medida, también las estratigrafías realizadas en diferentes puntos de la ciudad.

Fue B. Hernández Sanahuja el primer investigador que en siglo XIX estudió ya la historia de la ciudad desde una perspectiva estratigráfica. Por toda la ciudad, el frecuente hallazgo de silos, pozos y cisternas se relacionaba con los orígenes prehistóricos del asentamiento, pero sería en la cantera del puerto excavada por los presidiarios que prolongaban el gran muelle portuario, donde se documentaron repetidamente hallazgos de época romana y donde por primera vez, en 1858 y 1867 se realizaron cortes estratigráficos documentando secuencias desde la roca a las construcciones romanas (Hernández Sanahuja 1892, 109-112, Ap. 7; Ribera 1868). La interpretación de estas fases iniciales siguiendo la tradición anticuarial del siglo XIX (trogloditas/iberos, etruscos, focenses y romanos) no impide reconocer la importancia de esta secuencia y la presencia en los niveles inferiores, sobre la roca, de materiales relacionables con el ibérico pleno en los siglos IV y III a.C. (Bosch Gimpera 1925; Navascues 1929).

Los basamentos ciclópeos de grandes megalitos que servían de base a lienzos de sillaría bien trabajada en las murallas de la ciudad permitían también suponer la presencia de dos momentos cronológicos distintos: una base ibérica prerromana y una reforma posterior plenamente romana. A partir de la tipología de estas murallas, y por su comparación con las murallas de la Neápolis de *Emporion* y las construcciones megalíticas de las Baleares se aceptó globalmente la idea de una Tarragona ibérica o grecoibérica

anterior a la llegada de Roma (Puig i Cadafalch 1925), identificable con la *Calípolis* de Avieno. Por su parte, A. Schulten (p.e. 1948) defendería en sus trabajos que el basamento ciclópeo sería una obra etrusca, introduciendo una nueva variante en el debate que tuvo gran influencia por el prestigio del autor.

Y sin embargo, frente a estas opiniones académicas, el mérito de la restitución de la historia antigua de *Tarraco* correspondió al tarraconense Mn. J. Serra Vilaró, a partir de una lectura conjunta de las evidencias estratigráficas en distintas partes de la ciudad. Eclesiástico de profesión pero buen conocedor de la metodología arqueológica desde su juventud, J. Serra Vilaró fue un investigador riguroso que excavó (¡y publicó!) la gran necrópolis paleocristiana, el foro de la colonia, las murallas... (*Revelar el passat* 1994). Su estudio estratigráfico de las murallas, motivado por el derrumbe parcial de uno de los lienzos en 1932 que permitió descubrir el relieve de la Minerva en lo alto de una torre, le permitió plantear correctamente una cronología romano-republicana para toda la obra muraria que no dudó en enfrentar a la hipótesis etrusca de A. Schulten (Serra Vilaró 1946).

Al mismo tiempo, las excavaciones realizadas en el entorno del foro de la colonia, entre la Pl. Corsini y la c. del Gasómetro le proporcionaron evidencias estratigráficas de cronología prerromana, sin la afectación de época tardoantigua y medieval característica de la parte alta de la colina tarraconense, de urbanismo ininterrumpido. Una de las intervenciones, en la c. de Lérída le permitió reconstruir la secuencia estratigráfica relativa a los orígenes del asentamiento (Serra Vilaró 1932, 16-40). El estrato más antiguo, sobre la roca, era, según Serra “una capa completamente negra...que contenía carbones, huesos de animales domésticos, cerámica tosca a mano y cerámica ibérica de la más bella. De ésta hemos podido salvar algunos trozos...Sobre la estratificación de estos fragmentos damos las mayores garantías, por cuanto al apercibirnos del primero, buscamos los demás excavando con nuestras propia manos”.

El segundo horizonte, ya con presencia de muros, pavimentos de arcilla y hogares incluía un estrato de abandono sobre los pavimentos: “La capa descansaba sobre este pavimento de arcilla, además de la negruzca tierra ahumada y detritus domésticos contenía cerámica ibérica (decorada con motivos geométricos y vegetales nos dice más adelante) y la negra de brillante barniz que se llama campaniana”. El tercer horizonte corresponde a un nuevo pavimento sobre el cual sitúa de nuevo “cerámica ibérica de sencillos dibujos geométricos mezclada con la romana, entre la cual había algún fragmento de la jaspeada en amarillo y rojo”. Una referencia esta última a la *terra sigillata marmorata* que nos permite situar este horizonte en el siglo I d.C. En último lugar señala ya una “capa romana” con un pavimento elaborado de *opus signinum*. En función de esta estratigrafía, Serra Vilaró (1932, 21) pudo concluir:

“Creemos de grande interés para el estudio arqueológico de Tarragona y del arte ibérico en general el hallazgo de estas capas. Según ellas tenemos que los primeros pobladores de esta colina fueron los iberos y que éstos tuvieron una cultura artística muy superior a los que les sucedieron en el arte de la cerámica llamada ibérica, que duró a través de todo el Imperio Romano, pero sin alcanzar jamás la elegancia de los primitivos alfareros”.

Las palabras de Serra Vilaró muestran la categoría del investigador eclesiástico y la importancia de su trabajo para valorar correctamente el resto de la documentación disponible. Si en los años 30 el conocimiento urbanístico de la antigua *Tarraco* era todavía muy parcial, hoy en día, tras el notable incremento de la investigación arqueológica en la segunda mitad de nuestro siglo, podemos examinar esta problemática a la luz de hallazgos concretos. Frente a la tradición académica que había centrado y dilatado el debate en base únicamente a la tipología de las murallas y en la cronología de sus diferentes paramentos, podemos hoy señalar dos evidencias complementarias:

1. En la parte superior de la colina tarraconense, en el área delimitada por las murallas romanas, ocupada por la Tarragona medieval y moderna, todas las intervenciones realizadas hasta el momento muestran como primeros niveles de ocupación, sobre la roca, estratos datables en el siglo II a.C. ya con la ocupación romana. Las excavaciones dirigidas por X. Aquilué (1993) en el solar del colegio de arquitectos, documentaron únicamente como niveles inferiores estratos de regularización de la roca con materiales característicos del siglo II a.C. y lo mismo ha ocurrido en las varias decenas de intervenciones realizadas hasta el momento en la parte alta de la ciudad (cf. *Tarraco. Guia; Tarraco 99*).

Se confirmaba así la cronología romano-republicana de las murallas avanzada por Serra Vilaró, que los meticulosos trabajos de Th. Hauschild (1979; 1985) han permitido completar y detallar, con la evidencia de dos proyectos diferenciados: una primera muralla con paramento ciclópeo “alto” y torres salientes sobreelevadas en sillería, datable a fines del siglo III o inicios del siglo II a.C., y una importante ampliación con largos lienzos rectilíneos de sillería sobre un zócalo megalítico “bajo”, datable a partir de los sondeos estratigráficos en los años 150-125 a.C. (Sánchez Real 1985; Aquilué, Dupré, Massó, Ruiz de Arbulo 1991).

2. Por el contrario, todas las intervenciones arqueológicas urbanas que han proporcionado niveles estratigráficos y evidencias estructurales de época ibérica prerromana se concentran en la parte baja de la ciudad, en lo alto de una dilatada carena de 20 metros de altura que separaba la colina propiamente dicha de la vaguada portuaria, y sobre los glacis que descendían por el oeste desde esta carena hacia el cauce fluvial del antiguo *Tulcis*. X. Aquilué y X. Dupré (1986, 14-15 y fig.5) avanzaron ya en los años 80 esta situación topográfica con los datos entonces disponibles. Las evidencias estratigráficas han sido finalmente recopiladas por M. Adseries, L. Burés, M. Miró y E. Ramon (1993) en un trabajo fundamental para esta cuestión y recientemente se han publicado nuevos hallazgos (Güell, Diloli, Piñol 1994) y revisiones (Asensio, Ciuraneta, Martorell y Otiña 2000). Las principales intervenciones donde se han documentado estas evidencias estratigráficas prerromanas son las siguientes:

- Solar c. Caputxins 24.

Excavado por P.M. Berges, director del MAP en 1978 y más tarde, en 1985 y 1986 por M. Miró. Esta intervención permitió identificar por primera vez, de una manera metódica, estructuras ibéricas en el subsuelo de la ciudad de Tarragona. La excavación consistió en la realización de catorce catas en el sector más próximo a la calle Caputxins y permitió documentar tres fases: la más reciente se articula a partir de una gran construcción – un posible edificio público según Berges - fechable en época alto-imperial. La siguiente fase está constituida por una serie de canalizaciones, muros y pavimentos que pueden pertenecer a una casa romana de época tardo-republicana, mientras que la tercera fase (en los niveles inferiores, sobre la roca) consiste en estructuras murarias y estratos de época ibérica, fuertemente alteradas por las estructuras de época romana (Asensio, Ciuraneta, Martorell, Otiña 2000).

Una nueva intervención de M. Miró durante los años 1985 y 1986 consistió en la excavación puntual de sondeos relacionados los pilares del edificio a construir y finalmente en la excavación en extensión de una parte del solar (Miró 1998; Adseries *et alii* 1993 a, 180-194, figs. 3-17). Los resultados de estas nuevas campañas nos proporcionan una secuencia estratigráfica que abarca desde el siglo V a.C. hasta el siglo I d.C. Por lo que

respecta a las fases ibéricas podemos indicar que las primera estructuras del asentamiento se fechan en siglo V a.C., siendo la fase de siglo IV a.C. la que presenta mayor abundancia de materiales.

- Solar c. Caputxins 33-37.

En los años 1985 y 1986, M. Miró realizaría tres intervenciones en este solar opuesto al anterior, al otro lado de la calle. Consistieron básicamente en la realización de sondeos que permitieran evaluar la potencia estratigráfica del solar previa al proyecto constructivo. Estos sondeos permitieron documentar una secuencia cronológica que arranca en el siglo IV a.C. llegando hasta nuestros días. Por lo que respecta al poblado ibérico, tan sólo hay dos fases que se puedan relacionar claramente con éste, ya que las reformas de la zona en época romana y el tipo de intervención realizada (sondeos estratigráficos) no permiten realizar un análisis espacial de las estructuras aparecidas.

La fase más antigua se fecha en siglo IV a.C. y consiste en niveles residuales sobre la roca, sobre los que se sitúan habitaciones ibéricas datables en el siglo III a.C. a su vez obliteradas por un vertedero tardorepublicano (s. I a.C.). A partir de Augusto este sector pasó a ser una plaza pública vecina al foro de la ciudad (Miró 1993; Adseries *et alii* 1993 a, 194-198; *Tarraco* 99).

- Solar c. Pere Martell / Eivissa / Jaume I / Mallorca.

En 1979 se realizaron en este solar los primeros sondeos que evidenciaron la presencia importante de restos, seguidos en 1989 por una intervención de urgencia en extensión, realizada por la empresa CODEX SCCL y dirigida por M. Adseries, E. Ramón y L. Burés, proseguida en los años siguientes a remolque de las distintas fases de edificación de los solares. Las evidencias, inapelables, mostraban bajo un denso tejido de muros y estructuras repetidamente superpuestas a lo largo de la época romana la presencia significativa -aunque arrasada- de diferentes habitaciones ibéricas con muros, pavimentos de tierra batida, rellenos constructivos y niveles de habitación escalonados entre los siglos V y II a.C. (Adseries *et alii* 1993 a, 198-217).

Las primeras estructuras documentadas se fechan en el siglo V a.C., continuando los niveles de habitación a lo largo del siglo IV y III a.C., en una secuencia estratigráfica caracterizada por la continuidad y las reutilizaciones estructurales. Sin embargo, los niveles constructivos superpuestos a partir de fines del siglo II a.C., se caracterizan ya por una distinta disposición urbanística, con la presencia, por ejemplo, de rituales votivos de tipo fundacional. A partir del siglo I d.C. el sector es ocupado por construcciones suburbanas de tipo productivo e industrial (Adseries, Ramon 1991; Adseries, Burés, Miró, Ramon 1993 a).

Las estructuras de época ibérica corresponden a niveles de habitación con dependencias rectangulares realizadas con muros de piedra seca, pavimentos de tierra batida y hogares centrales. La gran complejidad estructural de época romana imperial en este sector hace que estas estructuras sean siempre documentadas de forma parcial y en buena parte arrasadas (Adseries *et alii* 1993 a, fig. 22).

- Solar c. Caputxins 23.

En 1999 se ha realizado una intervención arqueológica en este solar a cargo de la empresa Cota 64, dirigida por P. Otiña. La excavación consistió en sondeos estratigráficos

ligados a los pilares de cimentación del proyecto constructivo, ampliados a una excavación en extensión de todo el solar.

Los resultados obtenidos en esta intervención nos permiten presentar una secuencia histórica que se inicia en época ibérica y finaliza en época contemporánea. La fase mejor documentada es la correspondiente a época tardo-republicana. Se trata de una calle con orientación norte-sur, con una cloaca en el centro de la misma. Una segunda cloaca se documenta al norte del solar, excavada en la roca, que atraviesa el solar en dirección Este-Oeste y que se encuentra amortizada por grandes sillares. Estos niveles republicanos se encuentran parcialmente afectados por una trinchera de expolio realizada en un momento todavía indeterminado del siglo I d.C.

Los niveles ibéricos documentados en esta intervención se encuentran, en el mejor de los casos, altamente erosionados, ya que las construcciones de época romana y la gran altura a la que aparece la roca natural no ha permitido que se conservaran muchos restos. En total se han podido documentar siete muros de época ibérica, tres de los cuales se levantan desde la roca y los otros cuatro sobre un nivel de regularización que podemos fechar en siglo IV a.C. Se trata de estructuras domésticas que incluyen dos niveles de circulación consistentes en capas de arcillas fuertemente compactadas, en una de los cuales se documentó un hogar no delimitado.

Secuencia cronológica de los materiales cerámicos prerromanos aparecidos en la arqueología urbana de Tarragona.

La cronología prerromana de los niveles y estructuras aquí mencionados se apoya en un amplio conjunto de materiales cerámicos. El trabajo citado de Adseries *et alii* 1993 presentó ya una selección del material más significativo procedente de distintas UEs que quisieramos ahora complementar con un comentario general sobre las características de las principales clases cerámicas prerromanas documentadas hasta el momento en el casco urbano de Tarragona.

Siglos VII-VI a.C. El poblado de la Era del Castell (El Catllar, Tarragonés).

Los inicios de la Edad del Hierro en la provincia de Tarragona se encuentran ampliamente documentados a lo largo del cauce final del río Ebro. A los perfumes y artesanías fenicias presentes en las necrópolis de Mianes (Santa Barbara), Mas de Mussols (Tortosa) y Coll del Moro (Gandesa), las investigaciones dirigidas por J. Sanmartí y J. Santacana en el curso fluvial del bajo Ebro han permitido documentar, entre otros, los yacimientos fortificados de Aldovesta (Benifallet) y Barranc de Gàfols (Ginestar), el primero con gran cantidad de ánforas fenicias procedentes del Estrecho de Gibraltar y en menor medida del Mediterráneo Central (Mascort, Sanmartí, Santacana 1991, Belarte, Sanmartí, Santacana 1994). En todos ellos queda patente la relación establecida entre la isla de Ibiza y las tierras del levante y noreste peninsular en los siglos VII y VI a.C.(Ramón 1994-1996).

Pero más significativo para el caso que ahora nos ocupa es la reciente excavación de urgencia de un yacimiento protohistórico en las proximidades de Tarragona. Nos estamos refiriendo al poblado de l'Era del Castell (El Catllar), situado diez kms. al norte de la ciudad. El yacimiento se encuentra en una pequeña elevación de planta triangular (74 m.snm) desde la cual se controlaba un sector de la cuenca del río Gaià. La secuencia de este yacimiento nos ofrece una ocupación humana que abarca desde la Edad del Bronce

hasta el Ibérico antiguo, siendo la fase de la Primera Edad del Hierro la mejor documentada (Molera *et alii* 1999; en prensa).

La fase de la Edad del Bronce de la Era del Castell consiste en una serie de agujeros de poste que delimitan dos fondos de cabañas de planta ovalada con hogares centrales. Los materiales recuperados, muy escasos, consisten exclusivamente en cerámicas a mano características del Bronce Final. A continuación, la fase de la Primera Edad del Hierro presenta un cambio radical en la arquitectura, con la construcción de habitaciones rectangulares con zócalos de piedra seca y paredes de tapial o adobe enlucidas interiormente con arcilla. Los ámbitos se disponen en tres baterías formando dos estrechos pasillos intermedios de circulación y desagüe, siguiendo la pendiente del terreno. En el interior de los ámbitos, pavimentados con arcilla y en ocasiones con cantos rodados junto a las puertas de acceso, se ha podido documentar la presencia de silos y hogares.

La cultura material asociada a esta fase del yacimiento está compuesta por dos grandes grupos ceramológicos: cerámicas a torno que prácticamente consisten en ánforas fenicias del área del Estrecho de Gibraltar T.10.1.1.1. y T.10.1.2.1 de la tipología establecida por J. Ramón (1995), y un segundo grupo formado por cerámicas realizadas a mano. Este último grupo lo forman principalmente recipientes de tamaño mediano-pequeño, con perfiles en forma de “S”, con labios exvasados, en ocasiones biselados, decoradas con cordones o bien – en menor cantidad – acanaladas; tampoco faltan las imitaciones de *pithoi* de origen fenicio.

Necesariamente debemos preguntarnos como llegaron las ánforas fenicias a este pequeño poblado a 5 kms. de la costa remontando el curso del río Gaia. Este tipo de comercio, puntual y de poco volumen, solo podía realizarse con barcas dedicadas al cabotaje dependientes de un fondeadero principal que actuase como puerto y almacén principal. El único lugar con estas características en este tramo de costa es precisamente la gola del río Francolí y la inmediata colina tarraconense.

Desgraciadamente, los únicos restos cerámicos que podemos relacionar con la posible existencia de un asentamiento estable en Tarragona ya en la primera Edad del Hierro son algunos pequeños fragmentos de labios de ánfora fenicia sudpeninsular localizados de manera residual, fuera de contexto, en diversas intervenciones de la ciudad (revisados por P. Otiña). En realidad, no será hasta el Ibérico Antiguo cuando se comiencen a documentar evidencias estratigráficas y constructivas en la zona que actualmente ocupan las calles de Caputxins, Sevilla, Pere Martell, Eivissa, Mallorca y Dr. Zamenhoff, en el ángulo suroeste de la colina tarraconense.

Materiales del siglo V a.C.

Las evidencias estratigráficas de este momento se documentan en los solares de Caputxins 24 y Pere Martell. La cerámica ibérica aparece aquí acompañada de cerámicas griegas y púnicas que permiten afinar la propuesta cronológica.

Cerámicas áticas.

El hallazgo en Tarragona de cerámica griega de figuras negras es todavía muy escasa. La pieza más destacada es un pequeño fragmento de ánfora aparecido en la intervención de Pere Martell que se puede fechar en el siglo VI a.C. pero que se recuperó en un nivel del siglo V a.C. (Adseries *et alii* 1993, 216 fig. 40). Las autoras recuerdan un segundo fragmento de figuras negras mencionado en un silo relleno con materiales de época romana en la calle Dr. Zamenhof (Cortés y Gabriel 1985, 59, notic. 50; Adseries *et*

alii 1993, 216 not. 20). Por último y de una manera residual se han documentado diferentes pequeños fragmentos en niveles tardo-republicanos y de primera época imperial en el área del PERI-2 (excavaciones de la empresa CODEX; cf. *Tarraco* 99).

En la intervención arqueológica dirigida por M. Berges en el solar de la calle Caputxins 24 podemos destacar una cónica de figuras rojas del tipo *Delicate Class* fechable a mediados del siglo V a.C. (Asensio *et alii* 2000). Presenta decoración figurada compleja en gran parte de la superficie externa de la pieza junto con un medallón central en el interior, del cual, la pieza tan sólo conserva la banda de grecas y cruces que limita la escena o figura representada. Los paralelos más próximos para este tipo de piezas debemos buscarlos en Vilafranca del Penedès, en el silo 6 del campo de silos de la Vinya d'en Pau (Girò 1947, fig. 78-79). En el Puig de Sant Andreu de Ullastret se documentó una pieza similar atribuida al pintor de Heidelberg 211, fechada en torno al 440 a.C. (Picazo 1977, lám. XIII).

Procedentes del mismo solar se conocen tres labios más y un fondo de cónica áticos de figuras rojas, que debido a su alto grado de fragmentación no permite una adscripción tipológica y formal segura. Entre ellos podemos destacar un labio con decoración de hojas de hiedra en el interior. Los paralelos más precisos para estas piezas los tenemos en Empúries (Trias 1967-1968, 125, núm. 355 y lám. LXXI, 6-7) y al Puig de Sant Andreu (Trias 1967-1968, 225, núm.10 y lám. CXXIX, 5; Picazo 1977, 98, nº 287-288, lám. XXV, 3 y XXVI, 1). Dentro de la Cessetania el ejemplar más próximo lo encontramos en el poblado de Alorda Park (Sanmartí 1996, 129, fig.11.98). Todos estos paralelos están fechados hacia finales del siglo V a.C.

Por lo que respecta al solar de Pere Martell podemos indicar la presencia de cerámica ática de figura rojas lo constituyen principalmente un labio de cónica, una base de lecito y un labio de esquifo del estilo de Saint Valentin (Adserias *et alii* 1993, 216).

Anforas púnicas.

Por lo que respecta a las ánforas de importación, al igual que irá sucediendo durante toda la existencia del núcleo ibérico, el grupo mayoritario lo constituyen las ánforas ebusitanas. Para esta fase antigua, el conjunto mayoritario lo constituye la forma PE 13 o T.1.3.1.2 de las tipologías establecidas por Joan Ramón (1991; 1995). Al igual que sucede con la cerámica ática de figuras rojas, estas ánforas están plenamente representadas en el solar de Caputxins23. La relativa abundancia de este tipo anfórico en Tarragona podemos interpretarla como un hecho singular dentro de la *Cessetania* (Asensio 1996; Asensio *et alii* 2000).

De manera más modesta pero de nuevo significativa aparecen también las ánforas púnicas procedentes del Estrecho de Gibraltar. Se trata de una producción anfórica que hasta los años 80 era escasamente conocida en Catalunya y que cobró importancia gracias a la publicación de su presencia en un almacén de Corinto bien fechado en el siglo V a.C. (*Punic amphores* 1984) y por el cargamento del pecio ibizenco de Tagomago (Ramon 1985). Por lo que respecta a este tipo, de boca y carena superior bien característicos, conocemos diversos fragmentos procedentes una vez más del solar Caputxins 24. Un fragmento de labio de este forma ha aparecido también en 1998 en el relleno tardo-republicano de una calzada romana documentada en el solar PP-16, en la Av. Roma junto al cauce del río Francolí (excavación de la empresa Cota 64).

Del ánfora tipo Ramón 11.2.1.3, cuya producción comienza muy a finales del siglo VI a.C. perdurando durante todo el siglo V a.C. conocemos un solo ejemplar procedente del

solar de Caputxins 24. Un último tipo de la serie T-11 de la tipología de Ramón es el T.11.2.1.6. Concretamente conocemos del mismo dos fragmentos de labios procedentes de la intervención realizada en el solar de Caputxins 23. Su cronología debemos centrarla en el último cuarto del siglo V a.C. perdurando probablemente hasta principios del siglo IV a.C.

Anforas massaliotas.

Podemos destacar que las importaciones anfóricas de origen griego documentadas en este siglo V a.C. son muy escasas con respecto a las importaciones púnicas. Todos los fragmentos documentados corresponden a producciones massaliotas. Las formas documentadas en el solar de Caputxins 24 durante la intervención de M. Berges son los tipos 2 y 4 de la tipología establecida por M. Py (1978), ambas fechables en pleno siglo V a.C. (Asensio *et alii* 2000). En el mismo solar y durante las intervenciones realizadas por M. Miró (Adserias *et alii* 1993, fig. 16,13) se documentaron igualmente ánforas massaliotas del tipo Py 5 y Py 7, formas fechables entre la segunda mitad del siglo V a.C. y la primera mitad del siglo IV a.C. También en el solar de Pere Martell se recuperó un fragmento de labio de la forma Py 5 (Adseries *et alii* 1993, fig. 38,3).

Cerámica ibérica.

Entre los fragmentos de cerámica ibérica presentes en estos contextos destaca la presencia de una gran cantidad de recipientes de tamaño mediano-grande que podemos relacionar con ánforas y jarras con labio en forma de cuello de cisne. También son significativas las jarras de labio exvasado con una asa. Las pastas suelen ser duras, compactas, de buena calidad, con tonalidades muy variadas de colores, predominando los marrones y rojizos.

SIGLOS IV-III a.C.

Practicamente todos los solares que hemos señalado donde se documenta estratigrafía de época prerromana presentan niveles de los siglos IV y III a.C. Parece este pues el momento de pleno desarrollo del *oppidum* ibérico tarraconense.

Las cerámicas de barniz negro se documentan en siglo IV a.C. de una manera relativamente abundante. De las intervenciones realizadas por M. Miró en los años ochenta en el solar de Caputxins 24 destacan las formas *bowl incurving rim* y *bowl outturned rim*, Lamboglia 21 y 40. Del solar Caputxins 33, 35, 37 se puede destacar dentro de los niveles de siglo IV a.C., la presencia de un fragmento de labio *cup-kantharos* (Adserias *et alii* 1993).

Entre los materiales de barniz negro característicos del siglo III a.C. el solar de Caputxins 33-37 ha proporcionado una copa con asas de la forma Lamb. 48; una pequeña colección de piezas del Taller de Rosas, siendo la forma más representada la Lamb. 27 y por último un fragmento de labio Morel 2233, originaria del área etrusca (Adserias *et alii* 1993). De Caputxins 24 provienen una base de plato de pescado Lamb. 23, quizás del taller romano de las pequeñas estampillas, un fragmento informe identificable con una Lamb. 33a y un fragmento de labio de una copa Lamboglia 31a que nos sitúan ya en el horizonte de la Camp. A antigua de fines del siglo III e inicios del siglo II a.C.

Por lo que respecta a las importaciones anfóricas destacan de nuevo las ánforas púnico-ebusitanas, siendo mayoritario para el siglo IV a.C. el tipo PE 14/T-8.1.1.1. Destacan los solares de Caputxins 24 con un total de siete ejemplares (Asensio *et alii* 2000)

y Caputxins 23 con cuatro ejemplares, habiendo sido documentado también en el resto de los solares con estratigrafía de época prerromana. Así mismo, podemos destacar dentro de este siglo IV a.C. dos ejemplares de ánforas magnogrecas con paralelos en el pecio mallorquín del Sec (Arribas *et alii* 1987) y Empúries (Sanmartí *et alii* 1995).

Ya en el siglo III a.C. se documentan las ánforas ebusitanas del tipo PE 15 / T-8.1.2.1 y PE 16 / T-8.1.3.1. Por lo que respecta a esta segunda producción ebusitana del siglo III a.C. podemos destacar hasta once ejemplares documentados en la excavación de Caputxins 23. También es a partir de este siglo III a.C. cuando se comienzan a documentar de una manera abundante en toda Tarragona las producciones púnicas centro-mediterráneas. Especialmente abundantes son las ánforas T-5.2.3.1 y T-5.2.3.2 documentadas en todos los solares del área del poblado ibérico perdurando en los niveles de inicios de siglo II a.C.

También en el siglo III a.C. irrumpen en el mercado occidental las ánforas greco-italicas que paulatinamente pasarán a dominar el mercado con la romanización. Se trata de una producción representada en todos los solares estudiados de una manera muy variable, siendo especialmente abundantes en el solar de Caputxins, 23. Los bordes muy salientes, de diámetro pequeño, son los característicos de las fases iniciales de sus producciones.

Por lo que respecta a las producciones de cerámicas comunes de origen ebusitano debemos indicar que la forma mejor representada es el mortero. En la excavación realizada en el solar Caputxins 23 se recuperaron dos fragmentos de borde, mientras que en el solar Caputxins 24 aparecieron tres fragmentos de borde y un fragmento de fondo (Asensio *et alii* 2000). Uno de estos bordes, corto y colgante, corresponde a las producciones propias del siglo V a.C.; el resto se pueden relacionar con el tipo AE-20/I-167 (Ramón, 1990-1991) fechable entre los siglos IV y III a.C. También aparecen igualmente en el solar de Pere Martell (Adseries *et alii* 1993, fig. 28, 6)

Otras cerámicas ebusitanas destacables, son diversas jarras con el labio exvasado similar al tipo 21 de la cerámica ebusitana, recuperadas en Caputxins 23 y un bol de borde reentrante con restos de pintura en el exterior y un fragmento de asa, con una banda horizontal pintada correspondiente a una forma no identificable (Asensio *et alii*, 2000). Así mismo, procedente de un vertedero excavado en el solar 13B del PERI-2 de Tarragona (empresa CODEX.Arqueologia i Patrimoni, dir. Imma Teixell), se documenta un fragmento de labio de cerámica gris ibicenca similar a la forma Lamb. 23.

La cerámica de cocina púnica (Guerrero 1995) está bien representada en las intervenciones de Caputxins 23 y Caputxins 24. Aunque sus cronologías se extienden a lo largo de los siglos III y II a.C y por tanto penetran ya en la romanización, resulta importante remarcar su presencia pues hasta hace pocos años tan solo se habían publicado en Tarragona algunos fragmentos procedentes del COAC (Aquilué 1993) y del relleno de la muralla de Tarragona (Aquilué *et alii*1991), siempre en contextos del siglo II a.C.

El solar Caputxins 23 ha proporcionado un total de 8 fragmentos de labios (*lopades*, *caccabe* y tapadoras), un fragmento de asa, un fragmento de base y 38 fragmentos informes. El paralelo más próximo para este tipo de producciones debemos buscarlo en el yacimiento de Alorda Park (Calafell), donde se ha documentado un interesante colección de materiales púnicos de origen centromediterráneo, con una cronología similar a la propuesta para el caso de Tarragona (Asensio 1995).

Cerámica ibérica pintada con figuras humanas y animales.

En el registro arqueológico prerromano de Tarragona la cerámica ibérica ocupa lógicamente un papel protagonista. No pretendemos aquí realizar un análisis pormenorizado de la misma sino, tan solo, mostrar un catálogo de las formas aparecidas y comentar aquellas piezas que por una u otra causas sean significativas. En este sentido, queremos llamar la atención sobre un conjunto de materiales recuperados por Serra Vilaró (1932) en su excavación vecina al foro de la ciudad a principios de los años treinta que hemos mencionado anteriormente. Se trata de un pequeño conjunto de fragmentos que presentan decoración humana, animal y vegetal.

Estos fragmentos procedían de un nivel inferior, sobre la roca, de escombrera o destrucciones en el que Serra (1932, 18) menciona básicamente “carbones, huesos de animales domésticos, cerámica tosca a mano y cerámica ibérica de la más bella” , mientras que las piezas ibéricas pintadas con decoraciones geométricas y vegetales (Serra Vilaró 1932, figs. 9-15), procedían de un nivel superior en el cual también se recuperó cerámica de barniz negro campaniense.

En 1981, M. D. del Amo publicaría un catalogo de materiales que habían ingresado en el Museo Arqueológico de Tarragona con anterioridad al año 1972 dando a conocer, al margen de las ya conocidas piezas decoradas con representaciones humanas y de animales, un pequeño conjunto de piezas con decoración geométrica. Estas piezas también habían sido publicadas por Serra Vilaro (1932, figs. 9 – 14) pero sin insistir demasiado en ellas. Por último, E. M^a Maestro (1989) en su trabajo sobre la cerámica ibérica decorada con figura humana hace referencia nuevamente a los fragmentos recuperados por Serra Vilaró.

Las decoraciones con representación humana y animal quedan reducidas a cinco ejemplares y, al igual que sucede con los fragmentos que presentan decoración geométrica, es difícil determinar a que tipo de recipiente pertenecen, si bien, al igual que en el caso anterior, pueden formar parte de recipientes de tamaño medio-grande (Serra Vilaró 1932, figs. 4-8).

Cerámica ibérica pintada con decoración geométrica.

Los fragmentos que presentan decoración geométrica corresponden en su mayoría a piezas informes por lo que es difícil determinar exactamente el tipo de recipiente del cual formaban parte. En general, podemos considerar que la mayoría de los fragmentos pueden corresponder a recipientes de tamaño mediano-grande, destacando formas como el cálato o las vasijas con labio en forma de cuello de cisne.

Entre las decoraciones geométricas podemos destacar:

- Hoja de hiedra: se trata de un motivo vegetal muy común para adornar espacios que quedan vacíos en la composición del recipiente. Acostumbra a decorar cenefas independientes
- Corona de mirto: es una composición que combina espirales con flores de pétalos reticulados. Se trata de uno de los motivos preferidos en el estilo Elche-Archena
- Asterisco: motivo muy común que se acostumbra a utilizar para rellenar pequeños espacios libres entre representaciones zoomorfas
- Zarcillos: se trata de espirales encadenadas. Suelen aparecer formando cenefas complementarias y combinadas con las hojas de hiedra.

Junto con estas decoraciones características del Levante peninsular también se documentan las típicas decoraciones consistentes en bandas horizontales, círculos concéntricos, dientes de lobo – especialmente en los labios de los calatos –, ajedrezados o la combinación de diversos motivos simples.

Las producciones ibéricas de época tardorepublicana, ya en los siglos II y I a.C. se encuentran ampliamente representadas en la ciudad de Tarragona. Especialmente abundantes son los cálatos, que presentan una gran variedad de tamaños. Los labios pueden ser completamente horizontales o con una ligera pendiente hacia el interior de la pieza, a veces con asas horizontales, con el labio decorado con el motivo conocido como “dientes de lobo” o dientes de sierra, casi siempre de color rojo vinoso.

Cerámica ibérica lisa. Contenedores.

Por lo que respecta a los grandes recipientes ibéricos podemos destacar las ánforas y las grandes jarras con hombro. Entre las ánforas podemos indicar la gran cantidad de recipientes que presentan la boca plana. Se trata de una de las formas de ánforas más extendidas en la csesetania ya que ha sido ampliamente documentada en yacimientos como Alorda Park (Calafell), El Vilar (Valls), Era del Castell (El Catllar) o el silo de la Plaça de Sant Andreu (La Selva del Camp), (Ollé *et alii* 1995; Allué *et alii* 1997).

Entre los grandes recipientes destacamos las tinajas de hombro carenado. Son piezas con labios de perfil recto o ligeramente inclinado hacia el interior, con un diámetro de boca en la mayoría de los casos superior a los 20 cm. La base puede ser cóncava o indicada. Presentan dos asas en ocasiones geminadas y en otras trigeminadas justo debajo del hombro. Generalmente suelen ir decoradas con bandas horizontales de diferentes tamaños, en ocasiones, combinando círculos y semicírculos de color rojo vinoso. Se trata de un tipo cerámico ampliamente documentado en la excavación realizada por M. Berges en Caputxins 24. Los paralelos más cercanos debemos buscarlo en el silo de la Plaça de Sant Andreu (La Selva del Camp) (Ollé *et alii* 1995; Allué *et alii* 1997), donde se recuperaron un total de trece ejemplares en un contexto del Ibérico Pleno

Entre las producciones mejor documentadas en el área del asentamiento ibérico de Tarragona se puede destacar la jarra con labio de sección en forma de “cuello de cisne”. Se trata de una forma que puede presentar tamaños bien diversos y en el caso de Tarragona está documentada desde los niveles de siglo V a.C. perdurando incluso hasta los siglos II y I a.C.

Por último, para conocer la evolución de los tipos cerámicos presentes en la ciudad a partir de la Segunda Guerra Púnica, remitimos al lector a los trabajos de J.M. Puche (1997; 1998), al ya citado contexto de la parta alta publicado por X. Aquilué (1993) y especialmente a la tesis de licenciatura de M. Díaz, publicada en este mismo volumen.

Aproximación al relieve topográfico de la Tarragona ibérica.

Con la revolución industrial del siglo XIX y la urbanización consecuente, Tarragona volvió a recuperar y finalmente ampliar el perímetro urbano que había alcanzado en época imperial. Lógicamente esta urbanización, intensificada a lo largo de nuestro siglo, ha “suavizado” en buena medida el perfil original de la colina tarraconense dificultando la comprensión de su imagen en época antigua. Sin embargo, las vistas y planos de la ciudad de los siglos XVI a XIX muestran por el contrario una ciudad amurallada concentrada en la parte alta y claramente separada del barrio portuario por un sector de cultivos. En estos planos, y olvidando los restos de la Tarraco imperial cubiertos por estos campos de cultivo,

podemos fácilmente imaginar las primeras fases urbanas de la ciudad, con el *oppidum* ibérico situado en la parte baja, complementado a partir del 218 a.C. con la fortaleza romana en lo alto de la colina, origen del recinto provincial imperial y de la Tarragona feudal del siglo XII.

Es evidente que la gran urbanización romana imperial, por ejemplo en el sector del teatro contribuyó ya a la transformación del perfil natural de la colina. Otro tanto ocurrió con las nuevas fortificaciones de los siglos XVII y XVIII en la muralla de mar, para acabar en la segunda mitad del siglo XIX con la gran cantera (la Pedrera del Port) que proporcionó la piedra para construir el nuevo muelle portuario. Hoy en día sin embargo, las nuevas intervenciones en extensión realizadas por las empresas Cota 64 y CODEX al urbanizarse el barrio comprendido entre las calles Jaume I, Pere Martell y Francesc Bastos (el denominado PERI 2) han permitido documentar una nueva y singular imagen del barrio portuario suburbano de la colonia en las épocas republicana, imperial y tardoantigua (cf. *Tarraco* 99).

La gola fluvial del Francolí en la Antigüedad.

Las intervenciones de la empresa CODEX a ambos lados de la c. Real y en distintos solares del barrio antes mencionado permiten restituir una línea de costa antigua sensiblemente más retrasada respecto al actual perfil portuario. Esta era una evidencia ya documentada desde la descripción renacentista del letrado Ll. Pons d'Ícart en 1572. Según Pons, los restos del puerto romano podían todavía reconocerse cubiertos por arenas y arrastres, bajo los huertos colindantes:

“El lugar por donde era el dicho puerto fabricado se muestra muy claramente por el vestigio y hondura que ha quedado en el huerto de la viuda Delgada, y por el de Sela, de Francisco de Monserrate...y parte de otros huertos vecinos. Toda la tierra que ocupan estos huertos ocupava entonces el dicho puerto fabricado y hasta allí estava lleno de agua de mar, y arriba por donde ay unas antigüedades passava el muro de la ciudad...” Pons d'Ycart 1572 (1981), 233.

El arenamiento (*siltation*) del puerto de Tarraco a lo largo de la Edad Media por los aportes del río Francolí es un fenómeno de origen natural, bien conocido en numerosos puertos antiguos y modernos, provocado por la interrupción de las imprescindibles y cotidianas labores de dragado propias de su situación sobre una gola fluvial. Los orígenes naturales del fondeadero corresponden a la margen izquierda de dicha desembocadura y a la playa adyacente protegida por el desnivel de la colina tarraconense. En época romana, el fondeadero fue protegido por un malecón levantado sobre pilares descrito y todavía visible en la cartografía del siglo XIX. Las intervenciones recientes a ambos lados de la c. Real han permitido documentar con cierta precisión el trazado de la línea de costa en la época antigua.

En el solar de la c. Pedrell (excavación CODEX SCCL, dir. J.A. Remola y P. Otiña), la ocupación tardo-republicana sobre la roca se sitúa a cota 2 m. snm con presencia en época augustea de un gran almacén portuario de tipo *porticus*. A poca distancia, la excavación en extensión de un gran solar entre las c. Eivissa y Jaume I ha permitido documentar igualmente el avance paulatino de la línea de costa ya en la Antigüedad desde los niveles ibéricos, más retrasados, hasta los almacenes portuarios altoimperiales, sustituidos en la Antigüedad tardía por un lujoso barrio de habitación y una necrópolis suburbana ante el nuevo avance de la paleoplaya (Adseries, Pociña, Remola 2000). Por su parte, la posición de la necrópolis paleocristiana junto al cauce del río Francolí, a un km.

aproximadamente de la aglomeración portuaria actual, muestra que no han existido variaciones de consideración en el trazado del tramo final del río en épocas históricas.

Pero volvamos al puerto. Nos falta saber con que término preciso, dentro de la polémica geográfica mencionada por Estrabón, el almirante rodio Timóstenes se refería a la ensenada tarraconense. El Tulcis, y en eso las fuentes antiguas coinciden con la evidencia geográfica, no pudo ser nunca un río caudaloso. El gaditano Mela (II,5,90) precisaría en torno al año 44 d.C. su carácter menor, contraponiéndolo al caudaloso Ebro:

Tarraco urbs est in his oris maritimarum opulentissima: Tulcis eam modicus amnis, super ingens Hiberus Dertosam adtingit “La ciudad de Tárraco es la más opulenta en las riberas de las comarcas marítimas: la baña el Tulcis, río mediano, y después el gran río Ibero baña a Dertosa”.

El Francolí es un río de cauce corto (85 kms. desde sus fuentes en L'Espluga) y de régimen torrencial. El propio Plinio (XIX 2, 9) aunque alabando la calidad de sus aguas lo calificaría no de río sino de simple torrente:

“La Hispania citerior tiene un lino blanquísimo debido a las especiales propiedades de un torrente (*praecipua torrentis*) en cuyas aguas se cura, el cual baña a Tárraco”.

Tras atravesar las sierras por los estrechos de La Riba y Picamoixons recogiendo las aguas del Brugent y abriendo la vía natural de comunicación entre *Tarraco* e *Ilerda*, el *Tulcis* se adentraba en la planicie litoral, formada por sedimentos de arenas y limos de colmatación cuaternaria, para finalmente llegar al mar rodeando la colina tarraconense, como bien acredita el texto de Plinio. El afloramiento rocoso de esta colina, con sus 80,76 m.snm limitaba el lado norte de esta planicie litoral de carácter aluvial que se extendía hacia el sur hasta alcanzar el relieve rocoso del cabo de Salou (77 m.snm). Interiormente, como decimos, la llanura quedaba limitada por las cercanas sierras litorales con alturas que ascendían abruptamente hasta los 1200 m. en las montañas de Prades.

Las características portuarias de esta pequeña gola fluvial, abierta y de poco calado, no eran en absoluto destacables, pero tampoco despreciables. Quedaba expuesta a los violentos temporales de levante, los más peligrosos en estas costas en la temporada estival de navegación. Al mismo tiempo, el poco caudal del río y su carácter torrencial significaban con seguridad arrastres fluviales periódicos y la formación en la desembocadura de barras sedimentarias. Pero aun así, la elevación junto a la misma de la colina tarraconense, protegiéndola del viento del Norte, y el aporte de agua dulce significaban unas condiciones náuticas no desdeñables.

Evidentemente, una ensenada así no pudo nunca ser descrita como un *limén* u *hormos* sino en todo caso como un simple *sálos*, un lugar de ancoraje y aguada tomando las debidas precauciones. Si comparamos esta situación con la magnífica ensenada cartagenera, una bahía amplia, cerrada y protegida, de aguas profundas, entenderemos perfectamente las diferencias terminológicas de los geógrafos griegos. De forma rotunda, las cerámicas áticas y las ánforas massaliotas y púnicas aparecidas en los estratos iberos de la ciudad atestiguan que, efectivamente, los navegantes griegos y púnicos fondearon en el lugar y lo señalaron en sus periplos orales y escritos de navegación.

La topografía del *oppidum* ibérico tarraconense y la base militar romana.

Las fuentes concuerdan al menos en describir *Tarraco* como una ciudad elevada y dominante sobre el mar: “levantada sobre un golfo” (Estrabón III,4,6); *Tarraconis arces* “los alcazares de Tárraco” (Marcial X, 104); *arce potens Tarraco* “el potente alcazar de Tárraco” (Ausonio XXIII, 13); *et capite insigne despectans Tarraco pontum* “y Tárraco que contempla el mar desde su elevada peña” (Paulino de Nola XX, 233). Una descripción que

se explica perfectamente contemplando hoy en día el perfil de la ciudad desde el muelle portuario, con la catedral en lo alto ocupando el lugar del antiguo templo provincial de culto imperial.

El perfil de la colina, enmascarado como decimos por la urbanización actual, los baluartes y castillos de época moderna y los desmontes novecentistas, permite no obstante reconocer con claridad una dilatada carena que a lo largo de la cota 20 s.n.m. rodea todo el flanco meridional de la colina tarraconense desde la línea de costa junto a la actual estación de Ferrocarril hasta el ángulo formado por las calles Dr. Zamenhof y Sevilla. Este ángulo interior, detrás del cual se encuentra la c. Caputxins, es precisamente el lugar donde se situaba la “acrópolis” del *oppidum* ibérico tarraconense, extendiéndose a continuación a lo largo de un glacis en suave pendiente (que siguen hoy las c. Eivissa y Mallorca) hasta la gola y cauce fluviales, entre la necropolis paleocristiana y la c. Real. Un punto elevado, fácilmente defendible, con un excelente control visual sobre la vaguada portuaria inferior, toda la costa del golfo y la llanura aluvial del Camp de Tarragona.

Lo estratégico de esta posición justificó el mantenimiento de este sector como auténtico “casco viejo” de la colonia romana, lugar de emplazamiento del foro de la colonia y casi con toda seguridad, también del famoso templo de Augusto levantado en el año 15 d.C. (Ruiz de Arbulo 1990; 1998). El control visual sobre el entorno hizo elegir este lugar para levantar entre 1707 y 1713 el Fortín Real, un baluarte con forma de estrella que en unión del baluarte de Orleans aseguraba la protección artillera de la muralla del Mar, englobado dentro de las grandes obras de fortificación que sufrió Tarragona durante la Guerra de Sucesión (cf. Menchon, Massó 1998).

Es muy poco lo que podemos decir sobre el urbanismo del *oppidum* ibérico, ya que todas las evidencias constructivas documentadas son parciales y se refieren únicamente a estancias domésticas. Nada conocemos tampoco sobre sus fortificaciones, desaparecidas, al igual que la totalidad de las murallas meridionales de la colonia romana (todavía descritas y medidas por Pons d'Icart en 1572), con la construcción de los nuevos baluartes, lienzos y glacis de la muralla costera entre los siglos XVII a XIX. Las evidencias estratigráficas permiten no obstante proponer de forma aproximada la extensión del *oppidum* entre la Pl. Corsini y el citado ángulo de las c. Sevilla y Zamenhof y entre las c. Soler y Pere Martell (Adseries *et alii* 1993, fig. 42).

En el 218 a.C. y el 206 a.C. los Escipiones prefirieron situar su cuartel general en un lugar destacado, a un km. de distancia del *oppidum* ibérico. Se eligió para ello la parte superior de la colina tarraconense a lo largo de cuya cota superior (80,76 m.snm a los pies de la torre de Minerva) se levantó el flanco norte del primer circuito amurallado, descendiendo a continuación hacia el sur. Se conseguía así un perfecto control visual, tanto de la zona portuaria meridional como del camino terrestre (la mítica vía Heráclea) que discurría hacia el norte, además de los accesos a las diferentes playas y fondeaderos menores al este de la colina. Diferentes barrancadas formadas por los desagües de las aguas pluviales, reconocibles por los trazados de las grandes cloacas de la colonia romana (Puche 1997, 238-239), permitían la comunicación entre este recinto militar, el *oppidum* y el puerto. Esta evolución topográfica es del todo similar a la que se observa en la *Emporion* grecoibérica en época tardo-republicana (Ruiz de Arbulo 1991, Mar y Ruiz de Arbulo 1993) con la ciudad grecoibérica situada en la parte baja de la colina, junto al puerto y la *Palaiapolis* insular, junto a la que se estableció una fortificación romana creada en la parte superior de la colina a inicios del siglo II a.C.

Conclusiones.

A pesar de las aparentes contradicciones, únicamente del análisis conjunto de los datos literarios, numismáticos y estratigráficos podremos obtener conclusiones válidas históricamente sobre los orígenes urbanos de Tarragona y su evolución. El conjunto de evidencias podría resumirse en los siguientes apartados:

Los orígenes urbanos de Tarragona corresponden a un *oppidum* ibérico situado en la parte baja de la ciudad actual, junto a la gola portuaria del río Francolí, el antiguo *Tulcis*. Este *oppidum*, documentado estratigráficamente en diversos solares, estuvo en funcionamiento como mínimo desde el siglo V a.C. y es posible imaginar que existiera ya una frecuentación del lugar en los inicios de la Edad del Hierro por parte de los mercaderes marítimos.

Si la dispersión espacial de estos niveles de ocupación eran ya suficientes para demostrar la presencia de un asentamiento prerromano en el solar de la antigua *Tarraco*, Adseries, Burés, Miró y Ramon (1993, 218-220) han ampliado también su análisis a otros yacimientos detectados en el entorno de la ciudad, intentando definir y jerarquizar el hábitat de los iberos cesetanos. Se trata esencialmente de pequeños *oppida* situados en torno a los cauces fluviales e instalaciones puntuales de uso agrícola dispersas por el fértil Camp de Tarragona. El estudio de tales yacimientos permite a estas autoras definir el asentamiento tarraconense como el de mayor extensión y mejor posición estratégica.

De igual forma, los análisis de ocupación territorial en época ibérica del sector costero de la *Cessetania*, al norte de Tarragona, realizados por el equipo de la UB que ha excavado y musealizado la ciudadela ibérica de Alorda Park (Calafell), han llegado a idéntica conclusión. El único asentamiento en toda la zona que puede definirse como un *oppidum* urbano de primer orden es la propia Tarragona (Pou, Sanmartí, Santacana 1994; Asensio *et alii* 1998).

Tales evidencias arqueológicas resultan suficientes para definir uno de los modelos habituales de formación de una *ciuitas* ibérica: el *oppidum* principal, residencia del príncipe o régulo, que actuaba como centro urbano de la población, unida por clanes étnicos, diseminada en otros establecimientos menores (los *oppida*, *turris* y *castella* de Livio y Estrabón). En estos casos, la coincidencia nominal entre el étnico tribal y el nombre del *oppidum* principal está bien atestiguada por otros ejemplos coetáneos (*Edeta* / edetanos; *Bergium* / bergistanos, etc.).

La primera mención escrita de las características portuarias de la gola del Francolí corresponden a su mención por Eratóstenes en el siglo III a.C., antes de la llegada de los Escipiones. Al mismo tiempo, las importaciones cerámicas áticas y púnicas evidenciadas en el *oppidum* atestiguan el uso del fondeadero como uno de tantos mercados portuarios (*emporia*) dispersos por las costas ibéricas en los siglos V, IV y III a.C.

El lugar es descrito en los años 218-206 a.C. por Polibio y Livio como un puerto de nombre *Tarraco* convertido en la primera base de hibernada y luego cuartel general permanente del ejército romano en Hispania. Aparentemente, según ambos autores en el año 218 a.C. este puerto era un lugar distinto al *oppidum paruum* de *Kissa* / *Cissis*, situable en tierras del interior, junto al que tuvo lugar la batalla del mismo nombre y la captura del campamento de Aníbal. Fuera cual fuese el lugar exacto de esta batalla, y en base a los conocimientos que poseemos del hábitat ibérico en las comarcas circundantes, hemos de reconocer que la auténtica “capital” de los *cessetani* estuvo siempre situada en Tarragona.

Pudo quizás ocurrir que el nombre de *Kissa/Cissis* dado al *oppidum paruum* interior se debiera únicamente a una necesidad literaria para poder otorgar un nombre concreto a la batalla celebrada en sus inmediaciones. Una síntesis obligada para no tener que referirse a un combate celebrado “junto a uno de los *oppida* de los *cessetani*”. En último lugar, cabe también la posibilidad de que la batalla de *Cese* fuera simplemente una invención propagandística de la historiografía latina y que los Escipiones establecieran simplemente su cuartel general junto a la *caput urbs* de la *ciuitas* de los *cessetani*.

El topónimo latino *Tarraco* asignado al lugar, a su vez derivado del topónimo griego *Tarracon* guarda un evidente paralelismo con lo ocurrido en otros asentamientos portuarios prerromanos que presentan distintas denominaciones en ibero, griego y latín. Los casos de *Emporion / Untica-Indica / Emporiae* (Empuries) y *Saiganthe / Arse / Saguntum* (Sagunto) nos resultan a este respecto bien ilustrativos. El origen del topónimo grecolatino fue ya señalado por los filólogos a partir de un prefijo *tar(r)* habitual en las costas mediterráneas, propio de hidrónimos, puertos y acantilados: Tarento, Tarquinia, Tarracina, Tharros, Tarso, etc. (Battisti 1932 cit. Pericay 1952, 56-59).

El desarrollo de la Segunda Guerra Púnica significó una enorme potenciación del lugar. El *oppidum* pasó a convertirse en un puerto estratégico de comunicaciones entre Italia y el noreste peninsular, las necesidades de las tropas romanas acantonadas cada invierno (tanto en la ciudad como en las comarcas circundantes) y la gran vida económica generada por la guerra motivaron una radical transformación de las economías locales. Desde esta óptica, podemos realmente comprender el sentido de las palabras de Plinio al definir a la ciudad como “obra de los Escipiones”.

Las necesidades monetarias del ejército romano en Hispania y las dificultades de aprovisionamiento desde Roma motivaron entre los años 218 y 211 a.C. la aparición de diversas cecas de plata y bronce en el noreste y levante hispánicos para uso militar romano. Las dracmas de *Emporion* que suministraban la parte esencial de este numerario en patrón plata fueron imitadas en una única emisión con leyenda ibérica *taraconsalir*. Al mismo tiempo, se acuñaron unidades y divisores de bronce con leyenda ibérica *cese*. La contemporaneidad de ambas leyendas no tiene porque indicar que se tratara de núcleos distintos, sino que ambas acuñaciones, relacionadas con las necesidades financieras de los *imperatores* tuvieron necesariamente que proceder de *Cese/Tarraco*. Las acuñaciones posteriores de la ciudad, a lo largo de los siglos II y I a.C., manteniendo únicamente la leyenda ibérica, así lo prueban.

Se trató de una *ciuitas*, denominada *Cese / Tarracon / Tarraco*, que a diferencia de la imagen humillante transmitida por la batalla del 218 a.C., tuvo que gozar de una relación privilegiada con Roma como ciudad libre o federada. Solo así podemos entender que la *Tarraco* tardo-republicana emitiera moneda con leyenda *cese* y recibiera al mismo tiempo en su interior al ex cónsul Catón en el 109 a.C. que abandonaba así, desterrado, el Estado romano. Los cesetanos / tarraconenses probaban con este estatuto privilegiado e independiente la antigüedad y lealtad de su relación con Roma, pero su ciudad actuaba al mismo tiempo como residencia invernal del pretor y en ciertos aspectos hemos sugerido incluso su carácter de capital provincial romana ya en época republicana (Ruiz de Arbulo 1993).

El lugar ocupado por el *oppidum* ibérico se mantuvo efectivamente como “ciudad vieja” a lo largo de toda la historia de la ciudad romana y en este lugar se situaría el nuevo foro de la colonia cesariana y augustea. Por el contrario, la parte alta de la colina tarraconense, rodeada por las murallas romano-republicanas, parece que continuó

funcionando, durante más de dos siglos, como una zona de uso militar no relacionada con la vida cotidiana de la ciudad. Tan solo con la dinastía flavia la construcción del gigantesco foro provincial tarraconense urbanizaría definitivamente este recinto (*Tarraco. Guía Arqueológica*; Ruiz de Arbulo 1998).

Tarragona, setiembre del 2000.

BIBLIOGRAFIA.

ADSERIAS, M. 1998, Evidències d'època ibèrica a les Eres (Altafulla, Tarragonès). *Estudis Altafullencs*, 23, 7-19

ADSERIES, M., POCIÑA, C.A., REMOLA, J.A. 2000, L'hàbitat suburbà al sector afectat pel PERI-2 (Jaume I, Tabacalera), *Tarraco 99. Arqueologia d'una capital provincial romana* (Tarragona 1999), Tarragona.

ADSERIAS, M., RAMÓN, E. 1991, Excavacions al Carrer de Pere Martell-Eivissa: Noves aportacions al coneixement arqueològic del sector sud-occidental de Tarragona, *Acta Arqueològica de Tarragona*, IV, 1990-91, RSAT, Tarragona, 47-53

ADSERIAS, M., BURÉS, L., MIRO, M.T., RAMON, E. 1993 a, L'assentament pre-romà de Tarragona, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3, Lleida, 177-227

ADSERIAS, M.; BURÉS, L.; MIRO, M.T.; RAMON, E. 1993 b, L'assentament pre-romà i el seu paper dins de l'evolució de la ciutat de Tarraco, *Actas XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica* (Tarragona 1993), vol. 1, Tarragona, 34.

ALFARO, C. 1988, *Las monedas de Gadir / Gades*, Madrid.

ALLUÉ, E., MARTORELL, S., MOLERA, S., OLLÉ, A., OTIÑA, P., VALLVERDÚ, J., VERGÈS, J.M. 1997, *Memòria de l'excavació d'urgència realitzada a la Plaça de Sant Andreu (La Selva del Camp, Baix Camp)*, SSTT Generalitat de Catalunya, no publicada.

AQUILUE, X. 1993, *La Seu del Col·legi d'Arquitectes. Una intervenció arqueològica en el centre històric de Tarragona*, Tarragona.

AQUILUE, X. y DUPRE, X. 1986, *Reflexions entorn de Tarraco en època tardo-republicana*, Fòrum, 1, Tarragona.

AQUILUÉ, X., DUPRÉ, X., MASSÓ, J., RUIZ DE ARBULO, J. 1991, La cronologia de les muralles de Tarraco, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 1, Lleida, 272-298

ASENSIO, D. 1995, *Les àmfores i ceràmiques comunes d'importació del poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès)*, Memòria de Llicenciatura inèdita, Universitat de Barcelona.

ASENSIO, D. 1996, Les àmfores d'importació de la ciutadella ibèrica d'Alorda Park o les Toixoneres (Calafell, Baix Penedès, Tarragona), *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 6, Lleida, 35-79.

ASENSIO, D., BELARTE, C., SANMARTI, J., SANTACANA, J., 1998, Paisatges iberics. Tipus d'assentaments i formes d'ocupació del territori a la costa central de Catalunya

durant el període ibèric ple, *Los Iberos. Principes de Occidente* (Barcelona 1998), Barcelona, 373-386.

ASENSIO, D., DEVENAT, L., SANMARTÍ, J. 1998, Les importacions amforals d'origen púnic a la costa de Catalunya en època tardorepublicana, *El Vi a l'antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani Occidental* (Badalona 1998), Monografies Badalonines, 14, Badalona, 66-73

ASENSIO, D., CIURANETA, M., MARTORELL, S., OTIÑA, P. 2000, L'assentament ibèric de Tarragona. L'excavació de Manel Berges al carrer dels Caputxins l'any 1978. *Tarraco 99. Arqueologia d'una capital provincial romana* (Tarragona 1999), Tarragona, .

BELARTE, M.C., MASCORT, M.T., SANMARTÍ, J., SANTACANA, J. 1994, L'assentament protohistòric del barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre), *Tribuna d'Arqueologia 1992-1993*, Barcelona, 63-72

BERGER, H. 1880 (1964): *Die Geographischen Fragmente des Eratosthenes*, Meridian Publ., Amsterdam.

CAMPO, M. 1976, *Las monedas de Ebusus*, Barcelona.

CAMPO, M. 1994, Els grecs i l'inici de l'atresorament monetari a la Península Ibèrica, *Tresors del Mon Antic, VII Cicle de conferències del GNC*, Barcelona, 7-24.

CAMPO, M. 1998, Les primeres monedes dels ibers: el cas de les imitacions d'Emporion, *La moneda en la societat ibèrica. II Curs d'Història monetària d'Hispania* (Barcelona 1998), Barcelona, 27-47.

CAMPO, M. 1999, Els exercits i la monetització d'Hispania (218-45 a.C.), *Moneda i exercits. III Curs d'Història monetària d'Hispania* (Barcelona 1999), Barcelona, 59-81.

CONDE, M.J., CURA, M., GARCIA, J., SANMARTÍ, J., ZAMORA, D. 1995, Els precedents. Les ceràmiques de cuina a torn pre-romanes en els jaciments ibèrics de Catalunya, *Ceràmica comuna romana d'època Alto-imperial a la Península Ibèrica. Estat de la qüestió*, Monografies Empuritanes, VIII, 13-23

CORTÉS, R., GABRIEL, R. 1985, *Tarraco: recull de dades arqueològiques*, Barcelona

CRAWFORD, M. 1985, *Coinage and money under the Roman Republic*, Londres.

DASCA, A. 1993, Carrer dels Caputxins, 23, Tarragona, *Anuari d'intervencions arqueològiques a Catalunya. Època romana . Antiguitat tardana. Campanyes 1982-1989*, Barcelona, 248.

DEL AMO, M. D. 1985, Catálogo y breves consideraciones sobre algunas cerámicas ibéricas del Museo Arqueológico de Tarragona, *Butlletí Arqueològic*, ép. V, núm. 3 (1981), 13-46

- DRAGONI, G. 1979, *Eratostene e l'apogeo della scienza greca*, Bolonia.
- FABRA, E., BURGUETE, S. 1986, Introducció a l'estudi del jaciment ibèric de El Vilar, *Quaderns de Vilaniu*, 9, 55-78
- GARCIA RIAZA, E. 1999, La financiación de los ejércitos en época romano-republicana, *Moneda i exercits. III Curs d'Historia monetaria d'Hispania* (Barcelona 1999), Barcelona, 39-58.
- GARCIA-BELLIDO, M.P. 1987, Leyendas e imágenes púnicas en las monedas libiofenices, *Veleia*, 2-3, 409-510.
- GARCIA-BELLIDO, M.P. 1990, *El tesoro de Mogente y su entorno monetar*, Valencia.
- GARCIA-BELLIDO, M.P. 1993, El proceso de monetización en el Levante y sur hispanico durante la Segunda Guerra Púnica, UNTERMANN, J., VILLAR, F. (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana* (Colonia 1989), Salamanca, 317-347.
- GARCIA-BELLIDO, M.P. 1998, Dinero y moneda indígena en la Península Ibérica, *Hispania. El legado de Roma* (Catal. Exposición Zaragoza/Mérida), MEC, Madrid, 73-82.
- GARCIA-BELLIDO, M.P. y RIPOLLES, P.P. 1998, La moneda ibérica: prestigio y espacio económico de los iberos, *Los Iberos. Príncipes de Occidente* (Catal. Expos. París/Barcelona/Bonn), Barcelona, 205-216.
- GGM = Müller, C. (ed.), 1887: *Geographi Graeci Minores*, París. (reed. Hildesheim 1965)
- GIOVANNINI, A. 1982, La circulation monétaire en Grèce sous le protectorat de Rome, *Stato e moneta a Roma fra la tarda republica e il primo Impero*, *Annali del Ist. Ital. di Numismatica*, 29, 165-181.
- GRACIA, F. 1998, El comercio protohistórico en el noreste peninsular entre los siglos VII-III a.C. Balance de investigación 1985-1997, *XI col·loqui internacional d'Arqueologia de Puigcerdà. Comerç i vies de comunicació (1000 aC – 700 dC)*, Puigcerdà, 51-71.
- GRACIA, F., MUNILLA, Gl., PALLARÉS, R. 1988, *La Moleta del Remei* (Alcanar, Montsià), Tarragona.
- GUELL M., DILOLI, J., PIÑOL, J., 1994, Noves aportacions al coneixement de la Tarraco tardo-republicana: el carrer de Lleida, 27, *Tribuna d'Arqueologia 1992-1993*, Barcelona, 107-113.
- GUERRERO, V.M. 1995, La vajilla púnica de usos culinarios, *Revista di Studi Fenici*, 23-1,

HAGENOW, G. 1932, *Untersuchungen zu Artemidors Geographie des Westens*, Diss. Göttingen.

HAUSCHILD, Th. 1979, Die Romische Stadtmauer von Tarragona..., *Madriider Mitteilungen*, 20, 204-250.

HAUSCHILD, Th. 1985, Ausgrabungen in der römische Stadtmauer von Tarragona. Torre de Minerva (1979) und Torre de Cabiscol (1983), *Madriider Mitteilungen*, 26, Magúncia 1985, 75-90. Traducción: Excavaciones en la muralla romana de Tarragona, *Butlletí Arqueològic*, èp. V, núm. 6-7 (1984-1985), Tarragona 1988, 11-38.

HERNANDEZ SANAHUJA, B. y MORERA , E.(ed., anot. y cont.) 1892, *Historia de Tarragona, desde los mas remotos tiempos hasta la epoca de la restauracion cristiana*, Tarragona.

IGAI: RODRIGUEZ, H., Inscriptiones Graecae Antiquissimae Iberiae, MANGAS, J. y PLACIDO, D. (eds.), 1998, *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*, Testimonia Hispaniae Antiqua II A, Madrid.

LAFUENTE, A. 1992, La producció de ceràmica ibèrica del taller de Fontscaldes (Valls, Alt Camp), *Les ceràmiques de tècnica ibèrica a la Catalunya romana (segles II a.C. – I d.C.)*, Societat Catalana d'Arqueologia, Barcelona, 47-79.

LYDING-WILL, E. 1982, Greco-italic amphoras, *Hesperia*, 51, 3, 338-356

LÓPEZ, J., FOGUET, G., GÜELL, M., DILOLI, J. 1990, Un nou jaciment ibèric al terme dels Mongons (Tarragonès), *Butlletí Arqueològic*, èp. V, 12, 9-40

MAESTRO, E.M. 1989, *Cerámica ibérica decorada con figura humana*, Monografias arqueológicas, 31. Zaragoza

MAR, R. y RUIZ DE ARBULO, 1993, *Ampurias Romana. Historia, Arquitectura y Arqueología*, ed. AUSA, Sabadell.

MARCHETTI, P. 1978, *Histoire economique et monetaire de la deuxieme guerre punique*, Bruselas.

MARTINEZ GAZQUEZ, J. 1987: Taragona y los inicios de la romanización de Hispania, *Butlletí Arqueològic*, ep. V, 4-5, (1982-1983), 73-85.

MASCORT, M., SANMARTI, J., SANTACANA, J., 1991, *El jaciment protohistoric d'Aldovesta (Benifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya meridional*, Tarragona.

MASSÓ, J., RAMON, E. 1989, Noticia del poblado ibérico de Santa Anna, Castellvell del Camp (Tarragona), *Actas XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón)*, vol. 1, Zaragoza, 565-574.

MENCHON, J. y MASSO, J. 1998, *Les muralles de Tarragona. Defenses i fortificacions de la ciutat (s. II aC- XX dC)*, Tarragona.

MIRO, M.T. 1984-1985, Restes ibèriques al carrer dels Caputxins de Tarragona, *Butlletí Arqueològic*, ép. V, 6-7, 3-9.

MIRO, M.T. 1993, Dades per a un estudi de l'evolució urbanística de Tarraco: el carrer dels Caputxins de Tarragona, *Actas XIV Congreso Internacional de Arqueología Clásica*, (Tarragona 1993), vol. 1, 287-288

MIRO, M.T. 1998, El nucli ibèric de Tarraco: dels seus inicis a la integració dins la ciutat romana, *De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispania Citerior*, (Granollers 1987), Barcelona, 373-380.

MOLERA, S., OLLÉ, A., OTIÑA, P., VERGÉS, J.M., ZARAGOZA, J. 1999, Primeros resultados de la excavación del poblado protohistórico de l'Era del Castell (El Catllar, Tarragona), *XXIV Congreso Nacional de Arqueología* (Cartagena 1997), Cartagena, 145-150.

MOLERA, S., OLLÉ, A., OTIÑA, P., VERGÉS, J.M., ZARAGOZA, J. en prensa, L'Era del Castell (El Catllar, Tarragonès). Un assentament de la Primera Edat del ferro al Camp de Tarragona, *Tribuna d'Arqueologia 1997-1998*, Barcelona.

NAVASCUES, J.M. 1929, Tarragona, *IV Congreso Internacional de Arqueología*, Expos. Intern. de Barcelona, Barcelona.

NOLLA, J.M., CASAS, J. 1992, Les ceràmiques fines locals (o indígenes) del nord-est de Catalunya a època baix-republicana (darreries del segle III a.C. a principis del segle I d.C.), *Les ceràmiques de tècnica ibèrica a la Catalunya romana (segles II a.C.- I d.C.)*, Societat Catalana d'Arqueologia, Barcelona, 11-20.

OLLE, A., VALLVERDU, J. 1995, Seguiment i descobertes arqueològiques al Carrer Major i plaça de Sant Andreu, *CES Informació*, 2, La Selva del Camp, 5-7.

OTIÑA, P. 1998, Els ibers al Camp de Tarragona, *Kesse*, 26, 8-13.

PEREZ, A., SOLER, M. 1993, Les seques d'Iltirta i Iltiraka i el llop ibèric, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 3, 151-175.

PERICAY, P. 1952, *Tarraco. Historia y mito*, Tarragona.

PICAZO, M. 1977, *La cerámica ática de Ullastret*, Barcelona.

POU, J., SANMARTÍ, J., SANTACANA, J. 1993, El poblament ibèric a la Cessetània, *Laietània*, 8, 183-206.

PUCHE, J.M. 1997, Sobre un conjunt amb ceràmica calena decorada i terracotes trobat a Tarragona. Un possible lloc de culte a la Tarraco republicana, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 7, Lleida, 237-247.

PUCHE, J.M. 1998, Las cerámicas calenas a Tarraco. Les decoracions en relleu i avanç de les produccions del segle II aC, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 8, Lleida, 107-128.

Punic Amphores 1984, MANIATIS, Y. *et alii*, Punic amphores found at Corinth., Greece, an investigation on their origin and technology, *Journal of Field Archaeology*, II. 2, 205-222.

PY, M. 1978, Quatre siècles d'amphore massaliète. Essai de classification des bords, *Figlina*, 3, pp. 1-24.

RAMON, E. 1988-89, El poblament d'època ibèrica a la comarca del Baix Camp: estat de la qüestió, *Acta Arqueològica Tarraconense*, II, RSAT, Tarragona, 55-67

RAMON, E. 1990, Dos jaciments d'època ibèrica en el terme de Reus, *Lligalls*, 2, Reus, 36-46

RAMON, E., MASSÓ, J. 1994, El poblat ibèric de Santa Anna (Castellvell del Camp, Baix Camp), *Memòries d'Intervencions Arqueològiques a Catalunya*, 11, Barcelona

RAMON, E. 1998, L'assentament ibèric de Tàrraco, *Kesse*, 26, 14-17

RAMON, J. 1985, Tagomago 1. Un pecio fenicio del siglo V a.C. en aguas de Ibiza, *VI Congreso Internacional de Arqueología Subacuática*, (Cartagena 1982), Madrid, 377-391.

RAMON, J. 1990-1991, "Barrio industrial de la ciudad púnica de Ibiza: el taller AE-20", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 15, pp. 247-285.

RAMON, J. 1991, *Las ánforas púnicas de Ibiza*, Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza, 23, Eivissa.

RAMON, J. 1993, "Un depósito de cerámicas del siglo V aC. en Es Palmer (Ibiza)", *Homenatge a Miquel Tarradell*, Ed. Curial, Barcelona, 291-302.

RAMON, J. 1995, *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*. Col·lecció Instrumenta, UB, Barcelona.

RAMON, J. 1996: Las relaciones de Eivissa en época fenicia con las comunidades del Bronce Final y Hierro antiguo de Catalunya, *Gala*, 3-5, 1995- , 399-422

Revelar el passat 1994: AAVV, *Revelar el passat. Homenatge a Joan Serra Vilaró en el XXV aniversari de la seva mort*, Tarragona.

RIPOLLES, P.P. 1982, *La circulacion monetaria en la Tarraconense mediterranea*, Valencia.

RIPOLLES, P.P. 1984, Los hallazgos de moneda romano-republicana en la Tarraconense mediterranea y las Baleares, *Italica. Cuadernos TEEHAR*, 17, 91-96.

RIPOLLES, P.P. 1992, Les dracmes d'Arse amb anvers d'Atenea, *Acta Numismatica*, 21-23, 1991-, 117-132.

RIPOLLES, P.P. 1995, La moneda en los inicios de la romanización: talleres y artesanos, *Arse*, 28-29, 1994-, 199-215.

RUIZ DE ARBULO, J. 1990, El foro de Tarraco, *Cypsela*, 8, Girona, 119-138.

RUIZ DE ARBULO, J. 1991, Los inicios de la romanización en Occidente: los casos de Emporion y Tarraco, *Athenaeum*, 79, 1991-ii, 459-493.

RUIZ DE ARBULO, J. 1992, Tarraco, Carthago Nova y el problema de la capitalidad en la Hispania citerior republicana, *Miscelanea Arqueologica ofrecida a J.M. Recasens*, Tarragona, 115-130 .

RUIZ DE ARBULO, J. 1992 b, Emporion. Ciudad y territorio (s. VI-I a.C.). Algunas reflexiones preliminares, *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 2, 59-74.

RUIZ DE ARBULO, J. 1998 a, Tarraco. Escenografía del poder, administración y justicia en una capital provincial romana (s. II aC- II dC), *Empúries*, 51, 31-61.

RUIZ DE ARBULO, J. 1998 b, La evolucion urbana de Emporion en época republicana. La complejidad de una tradición, *De les estructures indigenes a l'organització provincial romana de la Hispania citerior* (Granollers 1987), Barcelona, 539-554.

RUIZ DE ARBULO, J. en prensa, El papel de los santuarios en la colonización fenicia y griega en la Península Ibérica, *Els santuaris fenicio-punics a Iberia, XIV Jornades d'Arqueologia fenicio-punica* (Eivissa 1999), Treballs del Museu Arqueologic d'Eivissa i Formentera, Eivissa.

SÁNCHEZ REAL, J. 1985, La exploración de la muralla de Tarragona en 1951, *Madridier Mitteilungen*, 26, 91-117.

SANMARTÍ, J. 1996, La ceràmica grega fina de l'assentament ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès, Tarragona). Segles VI-IV aC., *Pyrenae*, 27, 117-139.

SANMARTÍ, E., CASTANYER, P., TREMOLEDA, J., SANTOS, M. 1995, Amphores grecques et trafics commerciaux en Méditerranée occidentale au Ive s. av. J.-C. Nouvelles données issues d'Emporion, *Hommage à André Nickels. Études Massaliètes*, 4, 31-47.

SERRA VILARÓ, J. 1931, *Excavaciones en Tarragona*, Junta Superior de Excavaciones Científicas 116. Madrid.

SERRA VILARÓ, J. 1946, La muralla de Tarragona, *Archivo Español de Arqueología*, 22, 221-236.

SCHULTEN, A. 1948: *Tarraco*, Barcelona.

Tarraco. Guía Arqueológica, AQUILUÉ, X., DUPRÉ, X., MASSÓ, J., RUIZ DE ARBULO, J. 2000, *Tárraco. Guía Arqueológica*, 2ª Ed., Tarragona.

Tarraco 99, RUIZ DE ARBULO, J. (ed.) 2000, *Tarraco 99. Arqueologia d'una capital provincial romana* (Tarragona 1999), Tarragona.

TRÍAS, G. (1967-1968): *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, Valencia.

VILARDELL, R., ROMERO, V. 1977-1978, Hallazgos arqueológicos en el santuario prehistórico de La Roca (Montroig, Tarragona), *Pyrenae*, 13-14, 75-80

VILASECA, S. 1968, Notas de arqueología de Cataluña y Baleares, *Ampurias*, 30, 362-364

VILLARONGA, L. 1967, *Las monedas de Arse-Saguntum*, Barcelona.

VILLARONGA; L. 1973, *Las monedas hispano-cartaginesas*, Barcelona.

VILLARONGA, L. 1982, Les seques iberiques catalanes: una sintesi, *Fonaments*, 3, 135-183.

VILLARONGA, L. 1983 a, *Les monedes iberiques de Tàrraco*, Tarragona.

VILLARONGA 1983 b, Diez años de novedades en la numismática hispano-cartaginesa. 1973-1983, *Rivista di Studi Fenici*, 11, Suppl., 57-73.

VILLARONGA, L. 1987, Uso de la ceca de Emporion por los romanos para cubrir sus necesidades financieras en la Península Ibérica durante la Segunda Guerra Púnica, *Studi per Laura Breglia, Suppl. Bolletino di Numismatica*, 4, 209-214.

VILLARONGA, L. 1988, Les dracmes iberiques de Tàrraco, *Faventia*, 10, ½, 143-152.

VILLARONGA, L. 1992, La massa monetaria ibèrica de Tarraco, *Miscel.lania Arqueologica a J.M. Recasens*, Tarragona, 183-188.

VILLARONGA, L. 1993, *Tresors monetaris de la Península Iberica anteriors a August: repertori i analisi*, Barcelona.

VILLARONGA, L. 1994, *Corpus Nummum Hispaniae ante Augusti Aetatem*, Madrid.

Pies de Figuras.

Figura 1. Costa de Tarragona entre el cabo de Salou y la Punta de la Mora (Fotocopia del Mapa topográfico 1:50.000 de la Cartografía Militar de España. Hoja 34-18). El asterisco muestra la posición de la ciudad ibérica y más tarde ibero-latina de Cese / Tàrraco. La estrella señala la fortificación romana en lo alto de la colina. Se ha reforzado la línea actual de costa y señalado en negro en cauce del río Francolí, cuya desembocadura aparece canalizada y desviada por la construcción del puerto moderno.

Figura 2. Dracma de plata de imitación emporitana. Peso 4,00 grs. Anv. Cabeza de Arethusa a la derecha rodeada por tres delfines. Rev. Pegaso a la derecha con cabeza modificada en Crisaor; debajo estrella y leyenda ibérica *taraconsalir* (de Villaronga 1988, 149 num. 1).

Figura 3. Primeras emisiones de bronce de la ceca de *Cese*, anteriores al 211 a.C. (de Villaronga 1983, lám. II., y págs. 141 y 142).

Núms. 1-2. Primera emisión. Valor mitad.

Núm. 1: AE. Peso 8,66 grs. Valor mitad. Anv. Cabeza viril con laureola a la derecha y collar punteado; gráfila de puntos. Rev. Caballo al galope a la derecha; debajo leyenda ibérica *cese*.

Núms. 3.1 a 7. Segunda emisión. Valores 1 ½, unidad, mitad, cuartos y sextos.

Núm. 3-1. AE. Peso 22,15 grs. Valor 1 ½. Anv. Cabeza viril barbuda a la derecha; gráfila de puntos. Rev. Jinete con palma a la derecha; debajo leyenda ibérica *cese*.

Figura 4. Emisiones tarraconenses de denarios y unidades de bronce del siglo II a.C. (de *Tarraco. Guia Arqueològica* 1999, 20).

Num. 1. AR. Peso 3,75 grs. Denario. Anv. Cabeza viril imberbe a la derecha; gráfila de puntos. Rev. Jinete con palma y dos caballos a la derecha; debajo leyenda ibérica *cese*.

Num. 2. AE. Peso 11,90 grs. Unidad. Anv. Cabeza viril imberbe a la derecha; gráfila de puntos. Rev. Jinete con palma; debajo leyenda ibérica *cese*.

Figura 5. Detalle de las murallas romano-republicanas de Tarragona junto a la torre de S. Magí según una postal de los años 20. En 1932, el derrumbe parcial del muro en primer término permitió descubrir el relieve de la Minerva que decoraba la torre. Las dos fases de la fortificación romana definidas por Serra Vilaró (1946) y Th. Hauschild (1979; 1985) se aprecian aquí claramente. La torre de S. Magí / Minerva presenta un “zócalo alto” de megalitos, mientras que la ampliación del recinto, hoy datada estratigráficamente en el tercer cuarto del siglo II a.C. (Aquilué *et alii* 1991), se realizó con lienzos rectilíneos de sillares, sobre un “zócalo bajo” de megalitos, sin presencia de torres.

Figura 6. Mapa topográfico de Tarragona (Fotocopia reducida de la Hoja 473-3-3 del Mapa topográfico 1:5000 del Institut Cartogràfic de Catalunya). Se han señalado con puntos negros las intervenciones arqueológicas citadas en el texto con evidencias del *oppidum* ibérico. En lo alto de la colina, a la derecha de la imagen, se han marcado en

negro los lienzos correspondientes a la primera fase de la fortificación romana (fin III – inic. II a.C.)

Figura 7. Detalle de la situación de las intervenciones arqueológicas citadas en el texto sobre la retícula viaria actual. Aparecen igualmente señalados la basílica jurídica del foro colonial y el teatro romano, construido aprovechando el desnivel de la colina. La flecha señala el encuadre de la fig. 8. (Plano base del TED´A 1988, *El Fòrum*, Quaderns de difusió, 3, Tarragona).

Figura 8. Vista actual de la carena de 20 m. sobre la que se situaba el *oppidum* ibérico (ocupada actualmente por la c. Dr. Zamenhoff) desde la intervención arqueológica en las termas de la c. S. Miquel (CODEX SCCL, 1999, dir. J.M. Macias).

Figura 9. Vista aérea de Tarragona a fines de los años 80 (foto J. Alberich). El sector ocupado por el *oppidum* ibérico corresponde al entorno de la Pl. de Toros, a la izquierda de la imagen. En primer término, tramo final de río Francolí cruzado por los puentes del ferrocarril y el barrio portuario. El PERI 2, actualmente ya urbanizado, corresponde a los campos que se extendían delante de la misma. La intervención arqueológica de la c. Pere Martell corresponde al edificio en construcción a la izquierda de la Pl. de Toros.

Figura 10. Vista de la ciudad de Tarragona en 1563 del pintor flamenco A. Van der Wyngaerde (Kagan ed. 1986). El pintor escogió la torre del convento de S. Francisco (más tarde destruido para construir el Fortín Real), situado sobre el *oppidum* ibérico, para plasmar un dilatado paisaje que englobaba la ciudad y el puerto, llegando hasta el cabo de Salou (reproducimos aquí tan solo la ciudad). La imagen amurallada de la ciudad renacentista nos permite imaginar el aspecto que tendría la fortificación romana de los Escipiones contemplada desde el *oppidum* ibérico.

Figura 11. Planta de Tarragona a fines del siglo XVIII según A. de Laborde. El Fortín Real (núm. 41) ocupa la “acrópolis” inicialmente ocupada por el *oppidum* ibérico, extendido hacia el oeste en dirección al cauce fluvial (bajo el gran baluarte núm. 42).